
CIENCIA FICCIÓN
LA GRUTA DEL TIEMPO
PETER KAPRA

PETER KAPRA

La gruta del tiempo

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 5153 Dr. Julián Álvarez, 151

BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 10.712 - 1968

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Sígueme a los abismos, Susy! —gritó, alegremente, el joven de rostro simpático y cuerpo atlético que está de pie sobre la borda de la lancha.

La muchacha del cabello rubio recogido y oculto bajo el casco de goma que salió de la cámara emitió un grito también alegre.

—¡Espérame, Larry!

Sobre el enjaretado estaba el equipo de inmersión submarina. Las botellas eran blancas, los tubos negros y los metales brillantes.

La joven, que era escultural y bien formada, de piel morena y sedosa, llevaba un «bikini» color malva, muy breve. No tenía nada más de dieciocho años, su rostro era ovalado, gracioso y sus ojos verdes.

En un instante, Susan Folk, novia de Larry Keith, se colocó las botellas de oxígeno a la espalda y se amarró las anillas, acercándose a donde el joven sonreía divertido.

—Siempre llegarás tarde, Susy.

—¡Y tú demasiado pronto! —contestó ella, acercándose a él.

Larry Keith era universitario y se encontraba de vacaciones en un hotel de Key West. Practicaba su deporte favorito: la inmersión submarina, a la que también su novia era aficionada.

Aquella mañana habían salido del hotel al despuntar el día. Tomaron la lancha y salieron a alta mar, rebasando los cayos del sur de Florida. El cielo y el mar eran azules, purísimos. Prometía ser un día caluroso, como los anteriores.

El motivo de la prisa de Larry era llegar cuanto antes al galeón hundido que descubrieron la víspera por la tarde; un antiguo buque español, incrustado entre las rocas del fondo, a unos veinte metros de profundidad, que, debido a estar situado en aguas poco frecuentadas, por su distancia de la costa, no había sido descubierto antes por los numerosos aficionados a la pesca submarina.

Era un auténtico hallazgo. Pero no habían tenido ocasión de explorarlo a fondo. Necesitaban el equipo completo que ahora llevaban en la embarcación.

De ahí que Larry sintiera impaciencia por descender cuanto antes.

Se zambulleron y detrás de ambos jóvenes quedó la lancha, anclada. Un cable de nylon les guio hacia el fondo rocoso. Las aguas eran transparentes y limpias.

De nuevo observó Larry, a través de sus gafas de inmersión, el fenómeno descubierto el día anterior con los últimos rayos del sol. Se

trataba de la extraña ausencia de peces. En un mar tan pródigo en fauna, aquel lugar parecía un remanso de quietud y soledad.

Abajo estaban las rocas, desprovistas también de hidrozoos. Eran piedras sinuosas, oscuras, como metálicas, un tanto siniestras, que vistas a la luz fuerte de la mañana ofrecían un aspecto impresionante y estremecedor.

Cuando estuvieron allí el día antes, Larry no se había fijado mucho en aquel paraje. Ahora, descendiendo despacio y volviéndose de vez en cuando para ver si Susan le seguía, la impresión de aquellas rocas le infundió cierto temor.

Aguardó a que Susan se situase a su lado. Le hizo señas para que se fijase en la extraña peculiaridad de las rocas desprovistas de vida submarina. Pero ella no debió entender sus señas porque asintió varias veces y luego nadó hacia la hendidura en donde habían descubierto el galeón.

Debían descender al fondo. Allí, la luz, quizás absorbida por la negrura de las rocas, era escasa. Pero pudieron ver perfectamente el galeón, su deteriorado maderamen, sus jarcias, ya que no sus velas.

Era evidente que llevaba allí más de cuatro siglos... ¡Y, sin embargo, a diferencia de otros buques hundidos tiempo atrás, aquél no poseía la capa que el tiempo y el mar pone sobre todos los objetos sumergidos!

¡Daba la impresión de haberse hundido pocos días antes!

La sensación de inquietud e inseguridad que invadía a Larry Keith se acentuó. Allí ocurría algo extraño y singular.

Al descender sobre la cubierta de madera y situarse de pies en ella, su novia se le acercó y le agarró de la mano, señalando una escalera que conducía al castillo de proa.

Larry no vio nada de particular, excepto una entrada oscura que debía conducir a la cámara interior del viejo navío sumergido. Allí debía estar señalando Susan, porque tocó la linterna que colgaba de la cintura de Larry.

Él se desprendió la lámpara y la encendió. Luego, caminando despacio, se acercaron ambos a la entrada, cuyo techo era bajo. El potente haz de luz disipó las tinieblas que reinaban dentro de la cámara, viéndose una escalera de seis peldaños y una estancia completamente vacía y desprovista de ornamentos. En el centro, empero, había una trampa que parecía cerrar una escotilla. Una herrumbrosa argolla descansaba sobre la madera que el tiempo y el agua no parecía haber deteriorado.

Larry se acercó a la escotilla, nadando despacio, mientras que Susan lo hacía caminando sobre sus aletas de caucho, pisando suavemente el suelo firme. La muchacha no parecía estar asustada, o, al menos, ésta fue la impresión que sacó Larry al mirarla a través del

grueso cristal de las gafas.

Era lógico que Larry sintiera curiosidad por saber lo que había debajo de aquella escotilla cerrada. La cámara estaba desprovista de todo, como si muebles y objetos hubiesen sido retirados minuciosamente al producirse el naufragio.

No era posible hablar bajo el agua. Los gestos de Susan, empero, significaban que debía abrir la escotilla. Y para ello, Larry dio la linterna a su novia.

Entonces se inclinó, agarró la argolla y tiró de ella con fuerza, formando palanca con su cuerpo y apoyando firmemente los pies en el suelo. La compuerta se alzó fácilmente; tan fácilmente que Larry quedó sorprendido.

Al quedar abierto el rectángulo, pareció formarse una inesperada corriente marina. Fue como si el galeón empezase a girar sobre el vértice de la escotilla o como si el agua se arremolinase, surgiendo el movimiento giratorio del agujero abierto.

Larry no pudo precisar exactamente lo que estaba ocurriendo. En un instante, antes de reponerse de su asombro, se encontró girando sobre sí mismo, a la vez que una fuerza irresistible le atraía, junto con Susan, hacia la oquedad que tenían ante ellos.

Luego, el turbión de agua arremolinada los engulló y se vieron envueltos en la más impenetrable oscuridad.

Larry tuvo la sensación de pérdida del conocimiento y no pudo saber nada más.

* * *

Al abrir los ojos, Larry Keith se encontró tendido en el suelo, bajo un techo rojizo. Se trataba de una bóveda que se extendía hasta el suelo, formando techo y paredes un solo arco.

Parpadeó, heridas sus retinas por aquella extraña luz roja, y luego movió la cabeza, viendo a Susan, en «bikini», tendida a su lado. Esto le hizo despabilarse. Se incorporó, para atender a Susan, y fue entonces cuando vio la escalinata y los dos individuos que parecían montar guardia allí, ataviados como los antiguos alabarderos españoles del siglo XVI, con coraza bruñida al pecho, gola, yelmo, etc.

Sin embargo, más que guardianes parecían estatuas, dada su perfecta inmovilidad. Ambos sostenían alabardas en sus manos derechas y llevaban espadas prendidas del cinto.

Inclinado junto a la inconsciente Susan, Larry miró a los dos individuos del mismo modo que miraría quien cree despertar de una horrible pesadilla y se encuentra con que todo ha sido una realidad.

Empero, tuvo suficiente fuerza de ánimo para sacudir a Susan del brazo, musitando:

—Susan... Susan.

La muchacha no se movió. Parecía como muerta, pero respiraba.

Larry se puso en pie lentamente. El lugar en que se encontraba medía unos diez metros de ancho por doce o trece de alto. Era como una campana, vista por dentro. Y la luz no parecía surgir de ninguna parte y de todas a la vez.

No existía objeto ni mueble alguno. Las paredes eran lisas y rojas.

La curiosidad de Larry estaba centrada en los dos alabarderos con atuendo del siglo XVI. Por eso, sin moverse de donde se encontraba, junto a la desvanecida Susan, dirigiéndose a los dos hombres, preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde estoy? ¿Qué lugar es éste?

Ninguno contestó. Nadie se movió. Continuaron allí como petrificados.

Larry no llevaba las botellas de oxígeno a la espalda ni el cinto con el lastre de plomo, ni el reloj submarino, ni el puñal de acero inoxidable, que solía llevar en la pierna derecha. Se lo habían quitado todo, incluso las aletas de los pies.

Su único atuendo era el slip de «lastex». Susan, además del «bikini», llevaba el casco de goma.

—¿No me entienden? ¿Qué hacen ahí? ¿Por qué no hablan? Soy ciudadano de los Estados Unidos...

Tampoco hubo respuesta.

Larry, nervioso, avanzó entonces hacia la escalera, la cual terminaba ante una puerta cerrada, que parecía ser de roble, labrada y antigua, recubierta de remaches.

Se plantó ante el alabardero de la derecha. Vio sus ojos abiertos y de expresión fría... ¡Y se dijo que aquel hombre estaba muerto!

Era como una estatua de cera, vivida y real. En realidad, era un hombre de carne y hueso. Lo comprobó Larry al tocarle la mano. La sensación de frialdad que percibió le hizo retroceder instintivamente.

En aquel instante, oyó gemir a Susan. Se volvió y la vio moverse sobre aquel suelo liso y rojizo.

—¡Susan! —exclamó, yendo hacia ella y arrodillándose a su lado.

La joven abrió los ojos y le miró, parpadeando. Luego se fijó en el techo y las paredes, para levantar la cabeza, mirando a los dos extraños guardianes.

—Larry, ¿qué sitio es éste?

—No lo sé, cariño. No sé lo que nos ha ocurrido.

—¿Qué nos sucedió?

Larry trató de despejarse la cabeza, como si la tuviese turbia y fuese necesario hacer un esfuerzo para recordar.

—Abrimos la escotilla… Todo empezó a dar vueltas… Nos tragó el negro torbellino —balbuceó—. Y, al despertar, me he encontrado aquí, sin el equipo de inmersión.

Susan se incorporó. Él la sostuvo del brazo.

—¿Y esos hombres, vestidos de ese modo tan…?

—No hablan ni se mueven… ¡Creo que están muertos!

Susan se estremeció al escuchar estas palabras.

—¿Muertos?

Terminó de ponerse en pie. Iba descalza, pero el pavimento era liso como el vidrio. Instintivamente, la joven buscó refugio junto a su novio.

—¡Ay, Larry; creo que hemos cometido una locura!

—El galeón era muy extraño, Susan. No había peces por su alrededor, ni plantas submarinas en aquellas rocas.

—¿Dónde crees que estamos? ¿En algún lugar debajo del agua?

—No tengo la menor idea… ¡Esas estatuas me causan pavor! Parecen de carne y hueso, pero no se mueven, ni hablan, ni nada.

—Tengo mucho miedo, Larry.

Él no contestó por no confesar que tenía más que ella. Sin embargo, hizo un esfuerzo y musitó:

—Vamos a llamar a esa puerta. Quizás haya alguien… ¡De un modo u otro hemos tenido que llegar a este lugar!

Susan estuvo a punto de decir algo, que súbitamente había acudido a su mente, pero el mismo terror del pensamiento le contuvo.

¿No estarían muertos?, había pensado Susan.

Agarrada al brazo desnudo de su novio, la joven optó por ir con él, mirando alternativamente a los dos guardianes del pasado. Larry subió la escalera y tentó la puerta. No tuvo que presionar mucho para hacer que cediera, abriéndose lentamente y sin ruido.

Pudieron ver una gran sala, de techo bajo, donde había una mesa estilo medieval, sobre la que descansaba un curioso aparato transparente, formado como por infinidad de piezas de cristal, muchas de ellas con luz en su interior, como si se tratase de circuitos montados en el interior de una válvula de vidrio.

No había nadie en la amplia estancia. Todo estaba limpio y en silencio. Existían dos puertas, una situada exactamente enfrente de donde estaban ambos jóvenes, y otra a la derecha, y tenía forma de herradura.

—No hay nadie —musitó Larry.

—Te equivocas, muchacho —dijo una voz que parecía surgir del extraño aparato de cristal que había sobre la mesa de madera —. Estáis ante mi presencia.

El espanto hizo retroceder a ambos jóvenes hacia la puerta que tenían abierta a su espalda. Susan se abrazó fuertemente a Larry.

—¿Qué ha sido eso? —musitó.

—No tengáis miedo. Acercaos a la mesa, para que pueda veros de cerca.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre no significa nada para vosotros. Pero me podéis llamar Rho. Hace miles de años que estoy aquí.

—¿Qué lugar es éste?

—Mi morada. Estamos dentro de un meteoro que cayó en este planeta hace exactamente ciento veintidós mil años —siguió diciendo la voz, pronunciando en perfecto inglés y con leve acento de fatiga—. No os asustéis. No os causaré ningún daño. ¿Queréis sentaros?

Se produjo como un chirrido metálico. Larry se volvió súbitamente... ¡Y ante sus ojos, de la nada, surgieron sendos sillones de cuero blanco, modernos y cómodos, como los que pueden adquirirse en cualquier gran almacén de la Avenida Madison, en Nueva York!

—¿Eh? ¿De dónde ha sido esto? —preguntó Larry, atónico.

—De algún lugar remoto, seguramente —contestó la voz—. Los he teleportado aquí... Ahora os traeré una mesa... ¡Ahí está!

Efectivamente, frente a los dos sillones, del aire, pareció surgir una mesita, también moderna, con patas de acero niquelado y una gruesa tabla forrada de brillante material plástico.

—Estaba en una casa moderna y confortable —siguió diciendo la voz que parecía surgir del objeto transparente situado sobre la mesa del siglo XVI—. Sus moradores recibirán un sobresalto si la han visto desaparecer.

»Sentaos, por favor. Habéis estado muchas horas inconscientes y debéis tener apetito. Vuestro organismo no es como el mío y necesitáis alimentos. Os los proporcionaré.

Del mismo modo que habían surgido los sillones y la mesa, sobre ésta brotaron, como por arte mágico, una serie de alimentos ya preparados y envasados. Aparecieron bocadillos de jamón, emparedados de carne, salchichas, botes de cristal con mermelada, huevos cocidos, fruta, cervezas y vinos. Aquellas provisiones ocupaban toda la mesa y estaban revueltas.

—Espero que haya algo ahí que os guste. Es lo que suele comer la gente ahora. Eso procede de numerosas despensas. Ha sido transferido aquí gracias a mi poder de teleportación material. No os asombre. Es lógico, aunque no podáis comprenderlo.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está? —preguntó Larry.

—Estoy dentro de este recipiente que veis sobre la mesa. Aquí llevo el tiempo que os he dicho... ¡Ciento veintidós mil años! Pero no soy un ser, propiamente dicho. Digamos que soy una máquina indestructible y paso largos períodos de soledad.

»Hasta hace cuatro siglos y medio, aproximadamente, nadie había venido a visitarme. Eso se debió a la casualidad, sencillamente. Los españoles vinieron porque tuvieron mala suerte. Su galeón naufragó durante un temporal. Murieron bastantes. A los otros pude salvarlos y ahora viven felizmente en el exterior. Son agradecidos, sin embargo, y vienen a verme de vez en cuando.

—¡Esos hombres que hay...!

—Ésos son Ernesto Aguilar y Pablo de Zárraga. Me pidieron que pusiera fin a sus días. Estaban al borde de la locura. Ahora están hibernados... Montan guardia en el sepulcro de sus camaradas.

Larry y Susan volvieron instintivamente el rostro hacia la estancia en donde se había recobrado poco antes.

—¿Están vivos?

—Ernesto y Pablo, sí; los otros yacen bajo el piso, en sarcófagos. Fueron los que murieron ahogados. Pero quedan ocho que todavía viven. Creo que están en Europa. Quieren morir y lo temen, al mismo tiempo.

»Y no deberían quejarse, porque gozan de un privilegio maravilloso. Sólo un accidente puede matarlos. Sus cuerpos se conservarán siempre jóvenes, igual que el día en que salieron de aquí. Este lugar lo construyeron ellos.

»Mi intención era tenerles aquí siempre. Habrían podido ser felices. No les faltaba nada. Y es cierto. Esa puerta de vuestra derecha lleva a sus alojamientos. Ahí vivían. Podían comer y beber lo que quisieran. Tenían mujeres hermosas de las que pronto se cansaban, pidiéndome que les diera juventud y fortuna y las enviase al exterior. Ellas morían siempre, porque no habían venido por sí mismas, sino traídas por mí. Eran lo que llamábamos «iros» o algo parecido a espectros suspendidos en el tiempo.

»Ya os enseñaré todo eso. Ahora, por favor, comed.

Larry y Susan no se movieron.

—¿No podemos salir de aquí?

—Claro que podéis salir. En cuanto me lo pidáis volveréis al exterior, ¡y al tiempo que más os plazca! Antes, sin embargo, creo que os complacerá conversar conmigo. No todos los habitantes de la Tierra tienen este privilegio.

»Sentaos, por favor.

Larry obedeció, ocupando sitio en uno de los cómodos sillones blancos. Susan le imitó con cierto recelo, quedando un tanto envarada frente a la mesa cubierta de alimentos. Y ambos sentían apetito, sin atreverse a tocar nada.

—Podéis comer sin reparo. Todo es de buena calidad.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Larry.

—Mi energía teleportadora lo desintegró en el mismo lugar donde

estaba, para unir aquí sus átomos. Eso es materia. Se ha convertido en energía y luego ha recobrado su estado anterior. Esto no podéis comprenderlo porque vuestras mentes no asimilan aún esas mutaciones. El hecho es ése. Un instante antes de desaparecer, todo eso estaba tal y como lo veis ahora, sobre alguna mesa o dentro de algún refrigerador.

—Es como si hubiese sido robado a otros.

—Exactamente. Digamos que soy un ladrón —respondió aquella insólita máquina transparente—. No espero que nadie me culpe. Lo hago en beneficio vuestro... ¡Sois mis huéspedes!

Susan alargó la mano y tomó un emparedado de salchichas, las cuales estaban todavía calientes, como si estuviesen recién hechas. Con cierto recelo se lo llevó a la boca. El pan era tierno y las salchichas olían bien. Al morder lo encontró todo delicioso. ¡No eran alimentos imaginarios, sino reales, tangibles!

Comió con apetito y Larry hizo lo mismo. Luego de comer un par de sándwiches, Susan dijo:

—Siempre tomo un vaso de leche caliente.

—Ahí lo tienes —habló Rho.

Y frente a donde estaba Susan, sobre la mesa, apareció un vaso de vidrio, conteniendo leche todavía humeante.

—Es mejor que nos saque usted de ahí —habló entonces Larry—. Ya hemos contemplado suficientes maravillas.

—Si es ese vuestro deseo, os complaceré. Pero más bien creo que debéis disipar vuestros temores y hablar conmigo con tranquilidad. No tendréis que lamentarlo. Lo quo os puedo decir y enseñar os será de gran utilidad en la vida...

»¡Y si queréis vivir cien mil años, podéis pedírmelo!

CAPÍTULO II

Era como una larga procesión de extraños seres pequeños y de abultada cabeza, en donde tenían algo así como delgadas ranuras que debían ser los ojos. Sus bocas también eran pequeñas, al igual que sus cortos brazos y sus escasas piernas.

Larry y Susan se encontraban tendidos en el declive metálico del canal, tendidos boca abajo, vistiendo él sólo el «slip» y ella el «bikini» color malva. Sus ojos miraban, desorbitadamente, a los procesionarios, cuya columna se perdía de vista, a derecha e izquierda, a varios kilómetros de distancia.

—¿Qué es esto? —musitó Larry, sin atreverse a levantar demasiado la voz.

Susan, por su parte, no contestó. Estaba tan asombrada que no podía articular las palabras.

Una coloración azulada invadía la atmósfera, gracias a la que podían ver las extrañas y diminutas figuras, que no tendrían más de un metro veinte de estatura.

—Según Rho, nos encontramos en nuestro mismo planeta, doscientos mil años después del siglo XX.

Incluso el tiempo era fabuloso, casi increíble.

El exorbitante salto dado en el tiempo les había transportado a un mundo sin mares, completamente liso, sin sol y de atmósfera enrarecida. Sin embargo, ellos continuaban respirando aire del pasado.

¡Todo era tan absurdo y extraño!

Rho había querido mostrarles su poder, al decirles:

«—Puedo llevaros a épocas remotas, tanto en el pasado como en el futuro, donde podréis ver cosas increíbles y asombrosas. El pasado, sin embargo, ya lo conocéis, gracias a la historia. Creo, por tanto, más interesante, que efectuéis el viaje al futuro, a las postrimerías de La Tierra, en donde los «híbridos» están haciendo prerrogativas de supervivencia...»

La tentación era demasiado grande y Larry no pudo resistirla, accediendo.

No ocurrió nada. Desaparecieron de la mansión submarina de Rho y ahora se encontraban allí, tendidos en la rampa, junto al canal que discurría paralelo a la pista metálica.

¿Dónde iba aquella gente? ¿De dónde venían? En todo lo que abarcaba la vista —¡y Larry tuvo la sensación de ver más allá de veinte o treinta kilómetros!— no se veía más que la procesión de

extraños seres de cabeza grande y cuerpo raquítico.

No llevaban atuendo de ninguna clase. Sus cuerpos parecían ir pintados de una purpurina gris. Carecían de miembros genitales y su «piel» era lisa, mate, como ausente de poros.

—¿Qué clase de seres son esos? —preguntó Susan, al poder articular las palabras, sabiendo que no iba a obtener una respuesta concreta.

—Seres humanos… ¡Nuestros descendientes!

Como si estas palabras hubiesen llegado hasta la fila de procesionarios, algunos volvieron la cabeza, dirigiendo sus extraños e insignificantes ojos hacia donde se encontraba la pareja. Incluso algunos se detuvieron, saliéndose de la fila.

—Nos han visto —murmuró Larry, sintiendo cierto temor, aunque Rho les había dicho que nada podía sucederles estando en «suspensión dimensional».

Efectivamente, así fue. Uno de aquellos sujetos se volvió y pareció indicar algo a los que venían en procesión, para que no interrumpieran la marcha. Los otros, cuatro en total, se acercaron caminando lentamente.

A menos de diez metros, Larry y Susan pudieron «escuchar» en sus mentes la siguiente pregunta:

—¿Quiénes sois? ¿De qué época venís?

—Son seres primitivos, Lek-0 —«habló» otro.

No se escuchaban sus voces, ni movían los labios. También conservaban la inexpresividad de antes. Era como si estuviesen hechos de un material sintético e inmutable. Sólo movían los pies y los brazos, muy ligeramente.

—Venimos del siglo XX —osó decir Larry, empezando a levantarse.

Pareció como si en la fila de procesionarios se extendiera una corriente de curiosidad, porque todos movían la cabeza para mirar a los recién aparecidos. El individuo que se había quedado junto a la fila, empero, debía estar indicándoles que continuasen la marcha y no sé detuvieran.

—¿Siglo XX? —llegó la idea mental de uno de aquellos sujetos hasta los sistemas audiointelectuales de los dos jóvenes.

Ambos comprendieron que, no pudiendo entenderse a través del lenguaje, aquellos seres transmitían ideas por medio de telepatía sensorial.

Larry, sin embargo, contestó de viva voz:

—Siglo XX de la Era Cristiana. Al principio de la Era Atómica.

—Hemos comprendido… Doscientos mil años atrás. ¿Y cómo habéis llegado?

—Es muy largo de contar. Descubrimos una extraña máquina que

nos atrajo. Nos dijo que se llamaba Rho y que había llegado a La Tierra dentro de un meteoro, procedente de los espacios…

—Conocemos a Rho. Nosotros tenemos grabado su recuerdo en nuestras mentes. Fue destruido hace muchos siglos.

—¿Rho destruido? —se sorprendió Larry—. ¿Cómo es posible?

—No os extrañe. La humanidad ha progresado muchísimo. Superamos a Rho y a sus creadores de Jefve. Hemos llegado a la perfección absoluta… De todos modos, sed bienvenidos a Treo, el símbolo actual de la antigua Tierra, cuya agonía estamos presenciando.

—¿Se muere La Tierra? —preguntó Susan.

—Se acaba. En realidad, hace mucho tiempo que murió. Nos hemos alejado tanto de nuestro apagado Sol que el frío nos envuelve y nos aniquila. Ya no estamos, siquiera, dentro del Sistema. Somos supervivientes de un planeta muerto al que nuestra ciencia conserva aún por simple instinto.

»Pero estamos condenados. ¿No os lo dijo Rho?

—Sí. Nos dijo que estaban haciendo ustedes prerrogativas de supervivencia.

—Exacto. Ya no nos queda más recurso que implorar el favor divino. Y por eso hemos salido de nuestras ciudades subterráneas y nos dirigimos al gran templo de P’ton.

—¿Cuál es el mal que os amenaza?

—Nos extinguimos. Nuestros organismos llegan a su fin —contestó Lek-O—. Pero eso no lo entendéis vosotros aún. Hace muchos siglos que eliminamos, por atrofia, nuestro sexo. Cualquiera de nosotros podía reproducir descendientes.

»Luego descubrimos la longevidad y fue preciso liquidar la reproducción. Así vino la esterilidad. Ése fue uno de nuestros mayores errores. Cuando nos dimos cuenta de que la eternidad no existía para nosotros, puesto que todo nace y muere, ya era demasiado tarde. Todos tenemos aquí más de cincuenta mil años… ¡Somos demasiado viejos ya para procrear una nueva raza!

Los seres sin expresión miraban a la joven pareja a través de sus pequeños ojos, los cuales, empero, no necesitaban, habituados como estaban, a ver con la imaginación.

—¿Quiere decir que han vivido cincuenta mil años y ya se están muriendo? —quiso saber Larry, atónito.

—Ésa es la definición. Nuestros organismos, ya fríos y agotados, no pueden seguir funcionando, porque la máquina perfecta no existe. Sabemos con exactitud los días que nos quedan de vida, aunque se dan ya algunos casos de muerte por consunción.

»Por eso hemos acordado ir a rogar clemencia a P’ton. Sólo Él, con su divina misericordia, puede ayudarnos.

—¿Todavía quieren seguir viviendo más? —se sorprendió Susan.

—No es eso. Nosotros renunciamos ya a la vida. En realidad, estamos agotados. Vamos a pedir a P'ton que perpetúe nuestra raza en seres que puedan reproducirse.

—¿Cómo nosotros? —preguntó Larry.

—Sí.

—Pero ¡eso sería volver al pasado!

—Los mundos nacen y mueren constantemente en todo el Universo infinito —contestó otro compañero de Lek-O. ¿Por qué no pedir un mundo nuevo para la raza humana?

—Tea-B se expresa con juicio claro —añadió Lek-0—. Nosotros queremos sólo transmitir nuestra historia a esa raza nueva que P'ton puede darnos. Sabemos que Él puede hacerlo, pero también sabemos que hace muchos siglos que se muestra enojado con nosotros, porque le repudiamos y quisimos ser más fuertes que Él.

»La condición humana ha sido siempre no estar conformes con lo que teníamos. Siempre anhelábamos más. Y por ello hemos llegado hasta aquí. Éste es el límite. Para nosotros no hay más allá.

—Sin embargo hubo otras razas que duraron menos que la nuestra —pareció añadir otro del grupo que estaba frente a Susan y Larry—. Hemos explorado los confines del cosmos y encontramos gentes y sociedades con vida efímera. Vivían apenas horas. Su tiempo, naturalmente, era relativo. Comparado al nuestro, sólo vivían horas. Sabemos, empero, que ellos consideraban su existencia como una eternidad.

—¡Parece increíble! —exclamó Susan.

Mientras duraba esta conversación, Larry observó que los procesionarios, habiendo continuado su camino, no parecían haberse distanciado mucho, ya que el claro dejado en la fila por Lek-O, Tea-B y los otros tres, estaba a unos quince metros de distancia.

¡Y creía estar hablando ya casi diez minutos!

Ignoraba que la «conversación», sostenida por medio de ondas sensoriales, había tenido un ritmo ultrarrápido. Hablaban con la rapidez del pensamiento.

—Sólo queremos poder legar a nuestros hijos adoptivos todo el saber y la experiencia de la raza humana, la más altiva y dominadora del Universo —terminó diciendo Lek-O.

—¿De dónde vienen? —preguntó Susan, con innata curiosidad femenina, señalando la larga fila de procesionarios.

—Venimos de las ciudades de Argol, Dresia y Kolon, las tres poblaciones más importantes de Treo. Las otras han quedado ya abandonadas y cerradas. Vivimos en enormes megápolis subterráneas.

—¿Cómo son esas megápolis? —quiso saber Larry.

—Quedaríais atónitos al verlas. Para vuestra mentalidad, es

inconcebible lo que hemos realizado. Hace tiempo, recibíamos viajeros del pasado. Todos quedaban atónitos ante las obras construidas.

»Para vosotros es algo fabuloso el cambio. Os diré que Treo ya no tiene mares. Hemos canalizado las aguas, como podéis ver ahí. Toda la superficie del planeta es lisa. No es que se secaran los mares, sino que los canalizamos, según nuestras necesidades. Ya no existe agua salada, sino dulce. Hemos clasificado todos los elementos químicos que la naturaleza había mezclado locamente y disponemos de ellos para nuestro servicio.

»Somos un pueblo de ciento veinte mil millones de seres y carecemos de gobierno. Ni siquiera tenemos jefe. Estamos uniformizados, o sea que somos absolutamente iguales y ni siquiera nos pertenecen nuestros pensamientos. Todo cuanto poseemos pertenece a todos.

Parecía inadmisible aquella revelación. Susan y Larry eran jóvenes y sabían que la humanidad era un dechado de imperfecciones, de egoísmos y locuras.

Sin embargo, aquellos extraños seres «híbridos», decían haber logrado la perfección.

—Podéis venir con nosotros hasta el templo de P'ton —intervino otro de los «humanos»—. Veréis algo interesante.

—¿Dónde está el templo?

—Allá, en los confines septentrionales —replicó Lek-O, necesitando volver el rostro y extender su corto brazo derecho, para que los viajeros del pasado pudieran entenderle—. Ésta es la vieja ruta del templo. Fue construida hace miles de años, por los seguidores de P’ton, el dios que habíamos olvidado por soberbia.

Susan y Larry se miraron.

—¿Habremos de caminar mucho?

—Sí, nueve días.

—¿No hay modo de poder situarnos? —insistió Larry, turbado—. ¿En qué lugar de la antigua Tierra nos encontramos?

—Es difícil precisarlo. Toda la superficie del planeta está modificada. Donde vosotros conocisteis el mar, nosotros hemos allanado el terreno. Se niveló todo con máquinas potentísimas. Habríamos de intensificar nuestro esfuerzo mental para recordar los antiguos meridianos y paralelos. El espacio, no obstante, carece de importancia. Nosotros podemos ocuparlo, aunque exista ya otro cuerpo. Somos penetrables, si nos lo proponemos.

»Pero venid… Nuestro puesto clasificado se aleja. No podemos causar alteraciones. Durante la marcha os podemos explicar cuanto deseéis saber.

Larry asintió y, tomando a su novia del brazo, avanzó hacia la fila de procesionarios, situándose al lado de ellos. Lek-0 y los otros

hubieron de esforzar sus cortas piernas para alcanzar el hueco que habían dejado al salir de la fila. Una vez allí, situados a su lado los visitantes del pasado, sin que los demás mostrasen excesiva curiosidad, continuaron marchando al unísono.

—La corriente de agua lleva el mismo curso que nosotros —dijo mentalmente alguien de la fila, dirigiéndose a Larry y Susan—. El líquido contiene nuestro alimento. Vosotros también podéis tomar de ahí. El agua contiene la química suficiente para alimentar nuestro organismo. Aunque vosotros no seáis exactamente iguales, no os perjudicará. Contiene fósforo, hierro, manganeso, proteínas, caseínas, hidratos y carbonos. Le seguimos llamando agua.

—Comprendemos —contestó Larry, mirando hacia el canal adyacente.

El piso sobre el que caminaban era metálico, como el acero, pero de otra coloración más mate. Se trataba de una pista de unos treinta metros de ancho. El canal, con sus rampas en declive, formaba un cauce por el que transcurría el agua. Más allá de la pista y del canal el terreno era parduzco, alisado, y se perdía en el infinito, formando el horizonte una línea perfectamente recta. No se veían árboles, ni montañas, ni depresión alguna. Tampoco había aire, ni ruidos.

—¿Cómo habéis podido vivir sin árboles? —quiso saber Susan, al cabo de un rato de marcha, mirando hacia aquel dilatado y monótono paisaje.

—Los árboles cumplieron su función en el pasado, cuando nuestras máquinas eran imperfectas aún —contestó Tea-B, volviéndose a la muchacha, al lado de la cual caminaba—. Vosotros necesitabais aire para respirar. Pero la atmósfera iba perdiéndose, de acuerdo con la ley de la expansión de los gases.

»Fue preciso buscar otros medios para alimentar nuestros pulmones. Y lo encontramos en el agua, no sin antes haber probado otros medios más rudimentarios. El agua nos proporciona el oxígeno que necesitamos para nuestra combustión interna.

—¿Estamos, pues, en el vacío? —interrogó Larry.

—No exactamente. Estamos rodeados de una tenue atmósfera. En nuestras ciudades subterráneas, el aire es más puro. Pero no nos inquieta su escasez. Tenemos el que necesitamos.

—¿Y cómo podemos respirar nosotros aquí?

—Estáis en «suspensión dimensional». Eso quiere decir que no estáis aquí.

—Pero yo os veo, me toco, me siento, soy... —exclamó Larry.

—Sí. Y nosotros os podemos ver, oír. Esencialmente, estáis, pero no participáis de nuestro tiempo ni de nuestro mundo. Si fueseis realmente seres normales, no tendríamos problema en lo que respecta a nuestra descendencia.

»Cada ser vive su propia época. No podéis quedaros indefinidamente en ésta. Ni Rho es tan perfecto como para lograr eso. Desconocemos la potencia de «suspensión dimensional» que os ha dado Rho para venir hasta aquí. Posiblemente sea de algunos meses. Ése es el tiempo considerado como normal para estudiar y conocer nuestras costumbres y conocimientos.

»Al terminarse la potencia, volveréis a vuestro punto de partida y a vuestro ser y época. De nosotros no os quedará más que el recuerdo que os facilite Rho. Luego, nos olvidaréis como si no nos hubieseis conocido jamás.

—En realidad, no sabemos lo que nos ocurre —dijo Susan —. Estábamos efectuando una excursión submarina, con nuestros equipos de inmersión. Encontramos un viejo galeón español y penetramos en él. Al abrir una escotilla, se formó un remolino entorno a nosotros y debimos perder el conocimiento.

»Al despertamos, nos encontramos en una extraña sala, de luz roja, en donde había dos alabarderos del siglo XVI, que, según Rho, estaban hibernados.

—Sí, lo sabemos —habló Lek-O, siempre mentalmente, sin hacer gesto alguno y sin cesar de caminar en la fila de procesionarios —. El poder de Rho es natural. Los científicos de Jefve lo crearon antes de su fin, enviándolo al espacio dentro de un bloque de sólido material antirradiactivo.

»El envió de Jefve llegó casualmente a La Tierra, cayendo al mar en un lugar próximo al continente americano, antes de que el hombre naciera en nuestro mundo. Se habían dado muchos casos de impactos meteóricos.

»En Siberia, a principios de vuestro siglo, también cayó una nave espacial tripulada, procedente de Alfa Centauri. Todos sus ocupantes murieron. Y otro meteoro cayó en Arizona.

»Los científicos de Jefve fueron más inteligentes. Rho era, prácticamente, indestructible. Por eso llegó íntegro a este planeta. Pero no podía moverse del lugar en que estaba. Sabemos que primero lo encontró un grupo de conquistadores españoles, pero ignorábamos que vosotros fueseis enviados de él.

—Teníamos mucho miedo —explicó Larry—. Sólo queríamos volver a nuestro mundo y convencernos de que no habíamos muerto.

—¿Y Rho os envió aquí?

—Nos convenció. Dijo que la experiencia sería valiosísima. Yo habría preferido visitar el pasado. Me cautiva la vida de la antigua Grecia.

—La conocemos —contestó Lek-0—. Existen dos medios para viajar al pasado. El método directo es muy peligroso y está prohibido. Ésa es la razón por la cual Rho fue destruido. Él enviaba a los

españoles en persona, teniendo que afrontar los riesgos de su impericia. Por eso sufrían percances y transmutaban el espacio-tiempo, ocasionando trastornos que nuestros controles han tenido que rectificar.

—No os entiendo.

—Lo comprenderéis si os explico el otro método para viajar por el pasado —siguió diciendo Lek-O—. Consiste en ir en esencia, no en cuerpo. Podéis ver y oír, sin que os vean. De ese modo no perturbáis nada.

»Sería fácil evitar la muerte de Alejandro Magno y cambiar el curso de la historia. Ése es el origen de las dimensiones históricas múltiples… Algo así como la multihistoria o el estudio de lo que pudo haber sido la humanidad.

»Cuando descubrimos el modo indirecto de viajar por el pasado, se obligó a todos nuestros semejantes a seguirlo. Hubo de rectificarse el precedente histórico y dejarlo como realmente fue.

Era una loca y disparatada diversión, especialmente en nuestros jóvenes, ir al pasado y suministrar armas paralizantes y automáticas a los primitivos terrestres… ¡Y hasta tuvimos que rectificar muchos de estos precedentes insólitos, como el de la toma de Jerusalén por los Cruzados, a los que nuestros jóvenes de Argol habían suministrado «trillos» desintegrantes de impulsión catódica!

—¿Cómo? —se extrañó Susan.

—Sí. Me refiero a armas que dejaban inmóviles a los musulmanes de Saladino. Fue preciso reconstruir totalmente aquella batalla… ¡Y porque no quiero contaros la resurrección de Napoleón en el siglo XXX! ¡Fue algo insólito y peregrino: se hizo emperador del mundo entero!

CAPÍTULO III

El gran templo de P'ton estaba situado en el centro de un extenso lago, al que desembocaba el canal que habían estado siguiendo durante la larga marcha. Existía un puente colgante, a modo de cinta metálica, de cinco o seis metros de ancho, que saltaba sobre el agua hasta el pie del monumento. Éste era una columna rectangular, de cuarenta o cincuenta metros de cuadro, por ciento cincuenta de alto. Tenía una cruz a media altura y era impresionante por su grandeza y majestad.

Larry y Susan habían visto aquella cruz desde muchos kilómetros de distancia, pero ignoraban que estuviese asentada sobre una plataforma, en medio del lago.

Cuando se aproximaron, vieron la gran masa de los «híbridos», que se habían extendido en torno al lago y permanecían, como un gigantesco hormiguero humano, formando círculos compactos de seres arrodillados en actitud de oración.

Había miles de millones de seres en torno al lago. A medida que la procesión llegaba al lugar, sus miembros ocupaban un sitio determinado en las filas circulares, y allí se postraban.

Y continuaban llegando más y más durante días.

Larry y Susan también se postraron, en medio de aquella inmensa multitud, aunque, en donde ellos se encontraban, los «híbridos» habían dejado un claro de preferencia.

Lek-0 estaba junto a ellos y les explicó mentalmente:

—Éste es el templo olvidado de P'ton. Como veis, es un edificio singular, que se alza al aire y está provisto de profundos cimientos. Tiene una entrada en su base, que siempre está cerrada. Para llegar hasta allí hay que cruzar el puente metálico. Pero nosotros no lo cruzaremos. Somos demasiados y no tenemos cabida en el templo. Ésa es la razón por la cual esperamos aquí.

—¿Para qué habéis venido?

—Intentamos reconciliarnos con P'ton. Sabemos que vamos a morir pronto y deseamos su misericordia. Tal vez nos conceda la gracia que vamos a pedirle.

—¿Que os deje perpetuar vuestra raza en otro mundo?

—Sí. Queremos legar a alguien nuestro saber y poder. Somos el centro del universo civilizado. Nuestro mundo y nosotros hemos de morir, y no queremos que se pierda todo.

—¿Cómo queréis hacer ese legado? —preguntó Susan.

—En Argol tenemos la Esfera de la Sabiduría y el Poder. Hemos

trabajado en ella durante muchos siglos. Allí está condensado todo cuanto somos, sabemos y hemos hecho. La esfera puede «hablar» en infinidad de antiguos idiomas cósmicos, e incluso posee ondas mentales que transmiten nuestros pensamientos.

—¿Habéis grabado un disco esférico? —se sorprendió Susan.

—Razonable similitud, hija —contestó Lek-O—. Eso es lo que queremos que P'ton nos permita legar a nuestros herederos. Estamos cansados de vivir y queremos que alguien nos suceda y se haga cargo de la Esfera de la Sabiduría y el Poder.

Siguieron hablando mientras detrás de ellos se iban formando nuevas filas de «híbridos» que llegaban incesantemente. Las filas daban la vuelta al lago, por la derecha, y se detenían cuando la pista y el canal les impedía el paso. Así, se iban extendiendo los círculos de seres grises y megacéfalos, cuyo número parecía ser interminable.

Varias veces, Larry y Susan se pusieron en pie para contemplar la enorme multitud de seres iguales.

—¿Quién hay dentro de ese edificio en forma de cruz? —quiso saber Larry.

Esta vez fue Tea-B quien contestó:

—Allí dentro, en una silla, está sentado el Más Anciano.

—¿Quién es?

—Un asceta al que nadie conoce. Jamás le hemos visto. No sale de ahí, ni creemos que se digne salir en esta ocasión. Quizá no le sostienen sus piernas. Es el único guardián del templo de P'ton.

—¿Qué significa este nombre? —interrogó Susan.

—Dios. El lenguaje de los hombres cambió con los años. Luego se perdió. Las ideas sustituyeron a las palabras y la idea que tenemos de P'ton es la más grande y maravillosa de todas.

—¿No podríamos nosotros penetrar en el templo? —se le ocurrió preguntar, de pronto, a Susan.

Lek-0 se volvió y miró a la joven con sus semicerradas ranuras visuales. Sin embargo, no se inmutó, porque sus facciones eran rígidas. Su mente debió quedar momentáneamente en estado de suspenso, como si analizase intensamente el alcance de la insólita pregunta.

Al fin, ambos jóvenes captaron el mensaje de aquel ser.

—¿Qué pretendes conseguir, hija?

—No lo sé —replicó Susan —. Quizá, satisfacer mi curiosidad. Nosotros no somos como vosotros. Puede que esto nos facilite la entrada. Y, una vez dentro… Bueno, tal vez os podamos ayudar de algún modo, intercediendo por vosotros.

—No acabas de decir ningún disparate, Susan —habló «mentalmente» Lek-0—. Y todos mis semejantes, que han escuchado tu sugerencia, están de acuerdo conmigo.

—¿Acaso todos pueden oír lo que decimos?

—Sí, todos. Lo oyen con el poder sensorial de sus mentes. Y nos parece bien que se os haya ocurrido interceder por nosotros delante del Más Anciano. Id, pues, hacia el puente y cruzadlo. Acercaros a la cerrada entrada del templo y esperad allí a que se os abra. Si eso ocurre y se os invita a entrar, hacedlo. Será un privilegio excepcional que el presente hace al pasado… ¡Y puede que obtengamos algún provecho de P'ton!

* * *

Larry puso el pie sobre el puente metálico. No habían barandillas a los lados y el agua azul estaba a pocos metros por debajo de él.

Se volvió y extendió la mano hacia Susan. Detrás de la joven, y en todo lo que abarcaba la vista, la inmensa masa de «híbridos» parecían estar pendientes de ellos dos.

—Vamos… Crucemos el puente —musitó Larry—. ¿Por qué se te ocurrió idea tan absurda?

—No es absurda, Larry —declaró ella—. Ya has visto que ha sido bien acogida. Y ya que estamos aquí, creo que deberíamos saber más sobre estas gentes. Siento curiosidad por saber quién hay dentro de ese templo en forma de cruz.

—Esto debe estar relacionado de algún modo con nuestra religión. La cruz es el símbolo del cristianismo. ¿Crees que ha podido subsistir tantos siglos la religión cristiana?

—Si es eterna, ¿por qué no? —declaró Susan—. Aunque, tal vez haya sido tan transformada, que no se parezca nada a la que conocemos nosotros.

Caminaban despacio por el centro del puente. Ya de por sí, era impresionante caminar sobre aquel arco metálico que era una ancha y dilatada lámina de acero de una sola pieza, que unía la orilla del lago con la isla en donde se alzaba el templo de P'ton.

La distancia de un lugar a otro era de unos quinientos metros y la pareja la recorrió en breve tiempo, para luego detenerse al pie mismo de aquella ingente mole que parecía de cemento pulimentado.

No se veía entrada alguna ni indicios de que existiera modo de entrar. Tampoco tenía ventanas ni orificios. Daba la impresión de ser completamente maciza.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Larry.

—Nos han dicho que debemos esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—El que sea necesario. Debe de existir una entrada aquí…

Y como si estas palabras hubiesen sido un misterioso conjuro, vieron descorrerse silenciosamente en dos partes un sector del muro que tenían enfrente, en el centro mismo de la base del templo.

Ambos jóvenes se sintieron amedrentados ante este hecho, y Susan hasta llegó a retroceder un paso.

—Se nos invita a entrar —musitó Larry, apenas sin voz.

—Sí... Pero tengo miedo, Larry. Nos están sucediendo cosas increíbles. Y esto no puede terminar bien.

—Estamos siendo juguetes de un destino fabulosamente caprichoso. No sé si somos fruto de un sueño, si estamos realmente en otro mundo y en otra época o lo que ocurre. Pero la irrealidad de todo esto me induce a creer que debemos seguir adelante... Y pase lo que pase.

Tomada esta decisión, se acercaron a la entrada. Antes de penetrar en el templo, se volvieron a mirar al otro lado del lago, pudiendo darse cuenta de que todos los «híbridos» se habían puesto en pie y estaban mirándoles.

Allá, a lo lejos, los procesionarios continuaban llegando y formando filas concéntricas en torno al lago.

Entraron en la semioscuridad del templo, sin ver apenas nada.

La puerta se cerró silenciosamente a sus espaldas. Susan se volvió y emitió un grito. Luego, miró en derredor, sin ver nada. Pero al levantar la mirada hacia arriba, vio, allá en lo alto, como una cruz luminosa suspendida en lo que parecía ser el techo del templo.

En el mismo instante escucharon una voz humana que, en su propio idioma, o sea, hablando como ellos, en inglés, decía:

—Acercaos, hijos. No tengáis miedo.

Larry y Susan se orientaron por la voz. Entonces pudieron ver, frente a ellos, en el centro de aquel espacio cuadrado, a un ser que vestía un ropón enteramente negro.

Al aproximarse, lentamente, pudieron ver un semblante blanco como la nieve, arrugado en mil grietas, de cabellos también enteramente blancos y largos. En aquel apergaminado semblante refulgían dos ojos azules, pequeños y cansados.

También pudieron ver las manos sarmentosas y blancas que descansaban sobre el regazo del viejo.

Poseía la cabeza grande, como los «híbridos», pero no tenía el aspecto de éstos.

—Me llamo Juan de Heredia. ¿No os ha hablado Rho de mí? —preguntó aquel sujeto, dejando estupefactos a los dos jóvenes.

—No... No nos dijo nada.

—Él os ha enviado para que me veáis. Yo os estaba esperando —añadió aquel extraño sujeto.

—¿Quién es usted?

El incomprensible anciano levantó lentamente un brazo e hizo un gesto vago.

—Soy un ser abominable, cobarde, criminal y abyecto… ¡El peor de los mortales! Y por eso Dios me ha traído hasta aquí para redimir mis pecados en vida.

—No logro entender —comentó Larry—. ¿Sabe usted de la existencia de Rho?

—Sí. Yo hice que fuese destruido… Yo maté a mis compañeros… He sido un malvado toda mi vida, pero ya hace muchos siglos que no me muevo de este lugar. Aquí paso el tiempo rezando… Y mi tiempo no es como el de esos infelices que están ahí fuera aguardando. Mis minutos son años para ellos. De otro modo, no podría soportar tanto recuerdo infamante y tanta desesperada soledad.

—¿Está usted aquí encerrado contra su voluntad?

—No. Mi historia es muy larga, hijos míos. Nací allá por el año de gracia de 1496, al poco del descubrimiento del Nuevo Mundo. Me hice marinero y efectué viajes a América, hasta que una galerna nos sorprendió un día en el Caribe y nos hizo naufragar.

»Me arrojé al agua, junto con mis compañeros. Un remolino nos engulló y nos hizo perder el sentido. Aquello debió ser mi muerte, y, sin embargo, no lo fue. Cuando abrí los ojos, mis compañeros y yo estábamos en una gruta submarina, en el interior de unas rocas negras, ¡y en presencia de Rho!

—¡Algo así nos ocurrió a nosotros! —exclamó Larry, que tenía agarrada a Susan del brazo y parecía temblar de emoción.

—Sí, eso mismo os ocurrió a vosotros. Lo sé. Fuisteis a explorar el «Rey Felipe» y encontrasteis la entrada de la gruta del tiempo, tal y como nosotros la dejamos antes de irnos. Allí estaban, hibernados, Pablo Aguilar y Ernesto de Zárraga.

—¡Sí!

—La memoria no me falla. Ése es mi mayor dolor —siguió diciendo el Más Anciano —. Nosotros encontramos allí el dorado que buscábamos. Lo teníamos todo. Placeres inusitados, caprichos, riquezas, trajes lujosos y mujeres hermosas, «iros» de las que pronto nos aburríamos.

»Rho nos complacía en todo. Nosotros arreglamos la gruta. Hicimos un mausoleo para nuestros compañeros ahogados y les dimos sepultura. Para nuestras familias, en España, el océano nos había tragado. Querer salir de la gruta hubiese sido dar un disgusto de muerte a nuestros familiares. La Inquisición nos habría interrogado y quizá llevado a la hoguera… ¡Y en la hoguera pereció Damián García, al que yo denuncié al Santo Oficio, años más tarde, por odio!

»Yo fui el más canalla de los diez supervivientes. Me cegó el poder que me daba Rho. Fui el primero en pedirle que me permitiera

salir de la gruta. Me proporcionó un bajel cargado de oro y piedras preciosas, con el que me refugié en una isla virgen. Allí escondí mi cuantioso tesoro y busqué la compañía de bucaneros.

»Yo sabía que no podía morir. Rho me había hecho inmortal, como a los otros. Y lo demostré ante mis nuevos amigos, peleando en mil combates. Logramos una inmensa fortuna, que luego perdimos, al hundirse el buque en el que regresábamos a Europa.

»Sólo yo pude salvarme. Y volví a la gruta. Mis compañeros continuaban allí. Y con ellos estuve cincuenta años más. Luego nos fuimos todos. Nuestra generación había desaparecido ya. Nos instalamos en distintos lugares de España y Europa, viviendo cómodamente, como seres normales y adinerados. Obtuve un título del Emperador y tuve un castillo en Segovia. Me casé, tuve hijos, que se casaron a su vez y tuvieron más hijos.

»Al final hube de huir e instalarme en otra parte. La gente empezaba a sospechar. La vida empezaba a ser intolerable ya... ¡Pero aunque me hubiera descerrajado un tiro, no habría muerto! ¡Éramos inmortales total y absolutamente! ¡Ya habíamos dejado de ser seres humanos!

»Yo, sin embargo, encontré el modo de burlar a Rho. Volví a la gruta a pedirle otra personalidad. Allí estaban Ernesto Aguilar y Pablo de Zárraga.

No querían seguir viviendo y pensaron en ser hibernados.

»Por eso ellos siguen con vida y despertaron cuando Rho lo quiso. Yo tenía otros compañeros, vagando por el mundo. Rho me enseñó la alquimia necesaria para hibernarme. Y eso hice con Jesús Palencia y Damián García. Cuando los tuve a ambos varios años enterrados en sarcófagos de plomo, los deshiberné. Oficialmente, habían muerto. Yo los denuncié al Santo Oficio... ¡Y tuve el enorme placer de ver a Damián perecer entre las llamas en una plaza de Ávila!

—Pero ¿no podían morir?

—¡No hay nada contra el fuego! —contestó el Más Anciano—. Ni siquiera Rho podía nada contra el intenso calor desencadenado por la radioactividad, donde la temperatura de fusión asciende a miles de millones de grados.

»La gruta del tiempo estaba situada en el interior de un meteoro que llegó a la Tierra procedente de Jefve. Había pasado a través de tempestades cósmicas, sufriendo sólo ligeras deformaciones, hasta llegar a la Tierra.

»Pero yo hice que fuese totalmente desintegrado. Logré introducir una potente carga atómica en el interior de la gruta, con lo que Rho dejó de obsesionarme.

»También busqué a mis compañeros y los destruí, hasta quedar yo solo, como único inmortal. ¿Y qué fue de mí? Ha sido mi historia la

más horrenda y angustiosa de la humanidad. No he podido librarme ni siquiera de mí mismo. Mi conciencia ha estado acusándome todo el tiempo.

»Al fin me impuse la penitencia de conservar el recuerdo de P'ton el dios olvidado de los hombres. Ha tenido que ser el destino el que me ha inducido a esto. Nadie ha podido ser tan nefasto como yo en tantos siglos de existencia.

—¿Y por qué hacía usted eso, señor de Heredia? —inquirió Larry.

—No lo sé… ¡Nunca lo he sabido! Era una especie de maldición que llevaba conmigo por haber burlado a la muerte tantos siglos. Si pudiera destruirme, no pagaría el daño causado a mí y a mis semejantes. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

»He vivido lo suficiente para ver transformarse a la humanidad. He sido testigo del progreso que ha llevado a los hombres a ser dueños absolutos de la ciencia y del universo. He vivido para verlo todo, incluso el final inevitable de la raza humana.

—¿Final inevitable? —repitió Susan—. ¿Acaso no hay salvación para esos seres? ¿Desaparecerá así la humanidad?

—Sí.

—Ellos han venido a pedir a P'ton que les sea concedido el deseo de conservar una herencia para alguien, por medio de la Esfera de la Sabiduría y el Poder.

—Esa petición está concedida —contestó el Más Anciano—. La Esfera sobrevivirá. Lo sé. El secreto me ha sido revelado.

Larry sonrió.

—Los «híbridos» se sentirán contentos cuando lo sepan.

—No lo sabrán nunca —contestó aquel sujeto impresionante—. Sus mentes no pueden atravesar las paredes de este templo. He dicho que su deseo les ha sido concedido, pero ellos desaparecerán sin haberlo averiguado. Ése es el designo inescrutable de P'ton.

—¿No podemos decírselo nosotros? —interrogó Susan.

—No. Vosotros tenéis que volver al pasado. El poder de Rho se está terminando. Cuando le veáis, decidle que Juan de Heredia está arrepentido de cuanto hizo. En la actualidad, Rho ya no existe. Pero en el pasado, a donde habéis de volver, todavía está en su gruta. Estoy seguro de que os ha enviado para saber, por vosotros, todo lo que va a suceder. Es el medio más seguro. Ahora, todo es pasado en la historia de la humanidad.

Larry y Susan estaban confusos. Más que comprender, intuían una parte ínfima de la infinita verdad de aquel individuo.

—¿Y usted no sabe cuál es su destino?

—No. No lo sé. Confío que P'ton se apiade alguna vez de mí. Pese a mis grandes pecados, no he sido más que un fruto de mis circunstancias. Mi egoísmo ha sido mucho, pero mi arrepentimiento

fue mucho mayor.

»Y aquí me tenéis, convertido en el solitario más grande de la historia. El Más Anciano, me llaman. Los «híbridos» me conocen bien. Ellos estudiaron mi vida.

—Un sujeto llamado Lek-0 me ha dicho que no sabían nada de usted.

—Lo han olvidado. Ellos han nacido hace cincuenta mil años. Pero sus antecesores supieron de mí. Yo fui el hombre más importante de mi tiempo. Os hablo de hace más de ciento cincuenta mil años.

Susan estaba aturdida. La luz que irradiaba la cruz situada en el altísimo techo ejercía sobre ella una lenta influencia perturbadora. Se llevó la mano a la frente y musitó:

—No me siento bien, Larry.

Él la miró.

—¿Qué te ocurre?

—No debéis temer nada —dijo el Más Anciano—. Son los primeros síntomas antes de entrar en la fase de regreso a la «suspensión dimensional».

»¡Vais a volver al pasado! Ya habéis averiguado suficientes cosas de esta época final.

Susan levantó la mirada al alto techo del templo. Creyó ver más intensidad en la luz. Luego, todo empezó a girar lentamente en torno a ella. Vagamente sintió que Larry la sostenía. Y entre las brumas de su mente, sólo acertó a distinguir la mirada azul del individuo blanco que había dicho llamarse Juan de Heredia.

—¡Susan! —gritó Larry, percibiendo que el cuerpo de su novia se le desvanecía en los brazos, haciéndose impalpable.

Él también sintió el aturdimiento del regreso en el tiempo.

CAPÍTULO IV

El «aparato» estaba aún sobre la mesa medieval, pero en la sala de techo bajo habían desaparecido los modernos sillones funcionales y la mesita de los alimentos.

—Es un placer volver a veros —habló Rho, en su tono arrítmico —. ¿Cómo os ha ido?

Susan parecía aturdida y se pasó la mano por la frente. Larry la miró y preguntó:

—¿Te sientes mal, Susy?

—Sí... Estoy como mareada.

—No os preocupéis. Eso no es nada. Pronto os sentiréis bien. Sentaos, por favor.

Un chirrido a sus espaldas les hizo volverse. Detrás de ellos habían aparecido dos nuevos asientos de espuma forrada en verde. Susan se sentó primero.

—Hemos visto a un hombre blanco... ¡Blanco como la cera! Nos dijo llamarse Juan de Heredia.

La cápsula de cristal en donde estaba contenido lo que fuese Rho pareció aumentar la intensidad de sus luces y circuitos.

—¡El canalla! —exclamó Rho—. ¿Dónde está?

—Sentado en el interior del templo de P'ton. Fuimos allí con los «híbridos». Teníais razón al decir que la humanidad estaba acabándose —explicó Larry, sentándose junto a Susan y cruzando sus morenas piernas.

Resumió luego, en breves palabras, todo lo que habían visto en el futuro. Mientras habló, Rho no replicó nada en absoluto, como concentrado en lo que escuchaba.

Al terminar Larry, Susan murmuró:

—Eran unos seres horribles, de abultada y deforme cabeza. Y me extrañó que el Más Anciano poseyera un aspecto megacéfalo como ellos, perteneciendo a una época relativamente anterior a la nuestra.

—Juan de Heredia ha sido, es y será el más perfecto de los canallas. Pero su maldad está por encima de toda ponderación. La inmortalidad que le di le ha enloquecido... Para vivir en el futuro debía adaptarse a las gentes de su época adoptiva. Supongo que existirán disfraces tan perfectos como para cambiar incluso el aspecto externo.

»Mas no importa. Sabía que me destruirían. Habría de llegar un momento, corriendo el tiempo, en que hasta la obra de los sabios de Jefve sería destruida. No puede existir nada imperecedero. Es axioma

de vida.

—¿Os preocupa la destrucción, Rho? —preguntó Larry, inclinándose hacia adelante.

—Sí, mucho.

—¿Por no poder cumplir su misión?

—¿Qué sabes de mi misión? —preguntó Rho.

—Nada. No puedo saber nada. Pero se me ha ocurrido que debe existir un motivo fundamental para justificar tu presencia aquí.

—Hace ciento veintidós mil años que estoy aquí, bajo las aguas. Entonces, cuando yo llegué, vuestro mundo no era como es hoy. Y ya habéis visto cómo será en el futuro.

»En aquel tiempo, todo el planeta estaba cubierto de agua. El cielo era una inmensa masa de nubes de vapor. El enfriamiento del núcleo central ocasionaba frecuentes cataclismos y, de vez en cuando, la fuerza brutal de los elementos naturales desencadenados, levantaba mi carcasa envolvente y la arrojaba a grandes distancias.

»Procuré, en todo momento, librarme de las ingentes masas de lava líquida. Mi cápsula se deformó debido a las terribles temperaturas que hube de soportar. Pero yo seguía íntegro aquí dentro.

»Mi lucha fue titánica para poder sobrevivir, habida cuenta de que no tenía a nadie en millones de años luz de distancia, en quién poder confiar mi sabiduría. Yo no podía ser destruido. Tenía que luchar solo, y eso fue lo que hice. Os esperaba.

—¿A nosotros? —se extrañó Susan, de la que parecía haberse disipado la jaqueca.

—A vosotros o a otros de vuestra condición.

—No entiendo —dijo Susan—. Antes que nosotros llegaron los españoles.

—Todos eran hombres. No había ninguna mujer. Y eso es esencial. Ellos vinieron y se fueron. Después regresaron a pedirme ayuda, pero siempre venían solos. Nadie trajo una mujer.

—Pero… Aquí hubieron mujeres.

—Sí. Eran «iros», personas a las que yo traje, para su recreo.

—¡Cada vez lo entiendo menos! —exclamó Larry—. Ya escuché esa palabra antes. ¿Qué significa?

—Un «iros» es un ser irreal. Yo puedo traer aquí, por medio de la teleportación, todo lo que necesite. Poseerá el aspecto y las cualidades reales de las personas y cosas, pero no será real. Podéis comer un emparedado y sentir sus efectos nutritivos, ¡pero el emparedado será «iros», es decir, no existe como ser propio o cosa propia!

»Vuestra mente no está habituada aún a lo incognoscible y por eso no comprendéis bien la diferencia que existe entre vosotros y la irrealidad llegada a través de mis sistemas de teleportación.

»Yo no busco lo que necesitáis. ¡Lo encuentro! Hay en mí una

fuerza de disgregación suprapotencial. Digo: «mujer» ven… ¡Y vedla ahí!

Efectivamente, ante los ojos atónitos de Susan y Larry apareció una figura humana. Se trataba de una muchacha que aparentaba tener unos veinte años, de rostro agraciado, ojos grandes, nariz recta, labios finos y mentón ovalado.

Vestía ropas corrientes y modernas. Falda un tanto corta, suéter de vivos colores, veraniego y llevaba el cabello recogido en una cola de caballo. En la mano sostenía unas gafas de sol y un bolso de fantasía.

Sonreía amablemente y no parecía extrañada en absoluto de encontrarse en lugar tan insólito. Tampoco se movía, aunque era evidente que estaba «viva».

Susan se levantó y se acercó a ella, tocándole el brazo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Soy Margaret Brink, de Miami. Trabajo en un banco.

—¿Y qué hace aquí?

—Rho me ha traído.

—Sí —dijo Rho—. Sabe que la he traído yo. Haría por mí todo lo que le pida, incluso quitarse la vida. Pero es una «iros»… ¡No es absolutamente real!

—¿No está aquí?

—Sí, ya la veis. Está aquí. Y no está en el banco, donde trabaja. Se ha esfumado en el instante en que se disponía a salir para su casa.

—¿La echarán de menos? —preguntó Larry.

—Naturalmente que la echarán de menos. Una persona no desaparece en plena luz del día, como si fuese un soplo.

—¿Y cuando vuelva? ¿No le preguntarán dónde ha estado?

—Nadie más volverá a saber de ella —contestó Rho.

* * *

—¡Eso es abominable! —exclamó Susan—. Hacedla volver inmediatamente a su existencia.

Como si las palabras de Susan hubieran sido la orden determinante de «regreso», Margaret Brink se esfumó súbitamente.

Los dos jóvenes quedaron solos, mirándose, confundidos y atónitos.

—Ya ha vuelto a su estado anterior. Esa chica estaba aquí sin espíritu. Era sólo un cuerpo. Eso es un «iros». ¿Lo habéis entendido ya?

—Visto y admitido, pero no entiendo —contestó Larry, volviendo

a su asiento, donde se dejó caer, sintiendo que se le cerraban los ojos.

—Sólo vosotros y los españoles habéis venido hasta mí en cuerpo y espíritu… ¡Pero sólo vosotros dos sois hombre y mujer! ¿Os dais cuenta ahora de lo que he estado esperando para realizar mi misión?

»Y no puedo correr el riesgo de seguir esperando por más tiempo. Ahora sé que Juan de Heredia quiere destruirme. Todavía la ciencia humana no está lo suficientemente desarrollada para que una simple explosión atómica pueda fundir el meteoro que me envuelve. Pero, dentro de algunos años, diez o cien, Juan de Heredia consumará su crimen y aniquilará la realización de los hombres de Jefve, y mi destino podría quedar incumplido.

»Por ese motivo habéis de ser vosotros dos, hombre y mujer, como se me ordenó, los que llevéis vuestro cuerpo y vuestro espíritu hacia los dominios de Jefve.

Larry estaba ya amodorrado. Apenas si escuchaba, aunque las palabras de Rho seguían penetrando en su mente.

Susan, que continuaba de pie, podía ver fluctuar las luces en el interior del cuerpo transparente de Rho. Y escuchaba.

—¿Hemos de ir a Jefve? ¿Dónde está eso?

—Yo empleé un tiempo que, en términos reales, puede ser considerado como infinito. Millones de billones de años luz. La eternidad es inmensa.

—¿Se trata de viajar por el espacio?

—Y por el tiempo —añadió Rho—. Pero no sentiréis el tiempo. Nada cambiará en vosotros. Ahora os dormiréis y cuando despertéis habréis dado el salto al infinito.

»Entonces, mi misión habrá sido cumplida.

—¿Y nuestras vidas? Yo quiero a Larry, Rho. Mi vida pensaba dedicársela a él. No aspiraba a grandes cosas, sino a la felicidad, en su compañía.

—Todo eso es efímero, Susan. Estáis aquí porque vuestro destino es ése. Pretender eludir el destino es absurdo. Las personas de vuestro mundo viven de modo incierto e inseguro. Sólo apetecen cosas triviales. Yo os conozco bien. Tú quieres ahora a Larry, porque tu deseo es ése. Un insignificante deseo momentáneo, en donde tus sentimientos femeninos juegan el papel preponderante. Irrealidad, Susan; ilusión o quimera. Con la dimensión de vuestro tiempo, todo eso termina por desvanecerse. Y no son necesarios muchos años.

»Yo podría hacerte ver lo que será tu vida dentro de algunos años. Imagino que no has venido aquí. Que habéis terminado vuestras vacaciones en Key West y volvéis a Nueva York. Larry seguirá estudiando, se graduará como ingeniero industrial, obtendrá un empleo en alguna empresa importante y os casaréis. Tu padre morirá algún día y los padres de Larry, también. Os quedaréis solos, con

vuestros hijos pequeños. Tú los cuidarás y Larry vendrá a casa por las noches. Os besaréis y os pondréis a dormir. De vez en cuando, pasaréis el día juntos, iréis de vacaciones a las montañas, en un coche. Veréis jugar a los pequeños y os sentiréis felices.

»Ésa será vuestra vida, poco más o menos. Pero la existencia continuará. Os iréis haciendo viejos, el amor se enfriará lentamente. Os cansaréis de veros el uno al otro. Os encontraréis defectos que, en beneficio mutuo, será necesario disculpar.

»Y luego, vuestros hijos empezarán a dejar vuestra tutela, para formar sus propias vidas, en las cuales no podréis intervenir, ni para bien ni para mal. Serán otros seres distintos a vosotros que encontrarán sus parejas y terminarán por formar sus propios hogares.

»Ésa es vuestra monótona existencia. La suma invariable de todos los días vividos. Y por fin llegará el final triste y doloroso: uno de vosotros morirá primero. El vacío y la soledad envolverá al superviviente. Pueden pasar algunos años más y luego... ¡Todo habrá terminado!

Susan sintió formársele un mundo de angustia en el corazón. Rápidamente, con palabras, había intuido lo que podía ser su existencia futura en el mundo en donde nació. Todo era normal. Ella sabía que muchas, muchísimas personas se darían por satisfechas con vivir de aquel modo y llegar a viejos en tales condiciones.

Pero había más. Y Rho parecía saberlo, porque siguió diciendo, mientras Larry Keith continuaba durmiendo:

—Aún hay más, y, bajo vuestro punto de vista, no será tan feliz. Te he explicado una vida monótona, que también puede ser agitada. Pueden suceder muchas cosas en el transcurso de sesenta o setenta años.

»Existen guerras, angustiosos dramas, enfermedades incurables, tanto físicas como mentales. Vuestras vidas pueden ser un infierno, como hay muchas. Podéis conocer la pobreza, la angustia, la desesperación...

—¡No siga! —gritó Susan, cubriéndose el rostro—. ¿Y qué nos espera en Jefve?

—Eso nadie puede saberlo.

—¿Cómo es ese mundo?

—Tampoco lo sé. Salí de allí hace un tiempo infinitamente largo. Vosotros tardaréis el mismo en ir. La eternidad habrá cambiado incluso de dimensión.

»Sólo os puedo decir que no sé lo que encontraréis. Ni siquiera sé si encontraréis Jefve. No sé lo que será de vosotros. Y ahí está el principal aliciente, el ignorar lo que vais a encontrar. Sólo os aseguro que seguiréis juntos, que tendréis descendencia y... nada más.

—¿Sabe que vamos a tener descendencia? —preguntó Susan,

sonrojándose.

—Sí. Es esencial que así sea.

—¿Y cómo vamos a vivir tantísimo tiempo?

—En estado de «suspensión dimensional». Debes tener en cuenta, Susan, que el tiempo es un factor incomprensible incluso para vosotros. Lo estáis midiendo por simple comparación y decís que cuando vuestro mundo da una vuelta sobre sí mismo, han transcurrido veinticuatro horas, o sea un día. Y que, cuando habéis dado una vuelta en torno al sol, ha pasado un año.

»Imagina que la Tierra acelera su velocidad súbitamente hasta el doble o el triple. Vuestra vida se acorta automáticamente, ¿no es así?... No, el tiempo es incomparable. No tiene capacidad de medida ni de comparación. El tiempo es un factor de distancia, simplemente. Es un elemento de cálculo abstracto. Y no sirve para nada más.

»En estado de «suspensión dimensional» un trillón de siglos no es ni más ni menos de lo que pueda ser un segundo. El crecimiento de una planta, visto a través de una máquina acelerada, dependerá de la velocidad de la máquina, no del crecimiento de la planta.

»Yo tengo poder para enviaros a Jefve, del mismo modo que os he enviado al futuro. Estaréis en «suspensión» hasta que otro poder como el mío os devuelva a vuestro primitivo estado físico, a ser lo que ahora sois, y por tanto a vivir sujetos a vuestras propias limitaciones.

—¿Y no sabe para qué se nos necesita en Jefve?

—No.

—¿Por qué le enviaron?

—Eso es sencillo. Para formar una raza inteligente sólo hace falta un «ser-doble», como sois vosotros en la actualidad. En el futuro, al degenerar la raza, por perfección, el «ser-doble», o sea la pareja humana, queda reducido a un «híbrido» únicamente, capaz de reproducirse a sí mismo, hasta que la atrofia le deja estéril. En ese instante se termina la raza. Tuvo su origen, su crecimiento, desarrollo, transformación, adaptación y decadencia.

»Ésa es norma básica y principal en todo el Universo. Así se forma la vida. Las dos fases más largas son las de origen y crecimiento. Suelen durar «megaciclos» y requieren excepcionales condiciones.

»Después de la decadencia, viene la muerte. Pero la nada aún tarda muchos «megaciclos» en producirse definitivamente. Deben agotarse todos los recursos naturales que se produjeron en la primitiva formación.

»Si tomamos como ejemplo la vida de un planeta, el ciclo evolutivo es el siguiente: Primero se forma la condensación de moléculas. Se unen dos átomos. Se atraen a otros, formando una masa gaseosa que el contacto condensa y calienta, por presión. A través del ciclo de formación llegan a formar una masa increíblemente grande,

que la constante presión convierte en radioactiva o «naciente». Así se forma, al fin la gran «magma» de la que ha de salir el primer mundo frío. Se produce el estallido de «inestabilidad» y un fragmento del núcleo se separa, girando rápidamente en torno a la gran «magma» madre. Ya tenemos el primer «hijo», al que vosotros llamáis planeta, cuyo período de enfriamiento estará retenido por el calor que le llega de la «magma» madre en fusión. Ni la distancia ni la separación desvinculará jamás al «hijo» planeta de su «magma» sol.

»La materia continuará su crecimiento, sufrirá convulsiones y transformaciones sucesivas, a través de períodos o ciclos de lo que vosotros llamáis tiempo.

»Y en un momento determinado, en condiciones favorables, ese hálito misterioso que pulula en el cosmos, como aletargado, caerá sobre el planeta recién formado. Puede caer de infinidad de modos distintos. Le puede llegar en forma de germen sin evolucionar o ya desarrollado. Eso no importa. La vida fructificará en el momento en que el nuevo mundo esté en condiciones de desarrollo.

»Si era un germen, evolucionará en miles de formas distintas hasta crear el ser racional, primitivo y torpe al principio, como un niño y adulto y racional después. Habrá lucha, transformación, adaptación, regeneración y luego surgirá la civilización. Los seres se unirán por afinidad selectiva y tendremos una raza en un mundo nuevo.

»Si por el contrario, ese nuevo mundo ha sido invadido por un ser de otro mundo, ya hecho, habrá de sufrir los efectos de la adaptación. Tendrá que adaptarse luchando siempre contra el medio hostil y en su adaptación llegará a ser, al fin, producto del ambiente o medio en el que se ha desarrollado. Pertenecerá al mundo que le ha «adoptado».

»Así surgirá una raza. Su principio ha sido ése. Luego tiene que transformarse y crecer. Eso se llamará ciclo histórico, que pueden ser uno o varios. Una raza puede estar a punto de desaparecer, e incluso desaparecer totalmente. Otras razas subsisten trasladándose a otros mundos mejores, cuando el suyo propio está entrando en período de enfriamiento. Es preciso recordar que el calor es vida y el frío es muerte. Cuando los mundos y los cuerpos se enfrían, mueren. Entonces entran en período de decadencia, de eclipse, que también es un período larguísimo, hasta alcanzar el límite de frío absoluto, el cero... ¡Y la nada!

Susan Folk había escuchado esta complicada e incomprensible explicación, intentando penetrar en el sentido esotérico de Rho. Creyó haber vislumbrado que ella era un factor ínfimo, insignificante, en el concurso eterno de la Creación.

No logró captarlo del todo. Se sentía algo. Y por pequeño que parecía, su alma era grande, pues crecía y se agigantaba a medida que

el cuerpo disminuía.

—No soy nada —musitó, suavemente—. Sin embargo, dentro de mi pequeñez, seres muy poderosos, que dominan la verdad absoluta de las cosas me necesitan. ¿Por qué? ¿Acaso, como los «híbridos» en que se ha convertido nuestra raza, quieren buscar en nosotros la perpetuidad de la suya?

—Sí —contestó Rho—. Ése es el anhelo de todas las civilizaciones que han llegado al final, a su decadencia.

Susan tuvo una inspiración.

—Si alguien puede continuar viviendo, después del fin, eso es negar todos los principios que me ha expuesto. ¿No voy a ser un experimento estéril?

—Hay fundadas razones para creer que no, Susan. Ahora sé que la civilización humana, dentro de doscientos mil años, también llegará a pedir clemencia a su olvidado Dios… Pero no podemos entrar en el terreno de lo espiritual. Ahí no vale la ciencia física.

—Entonces, ni yo ni Larry iremos a Jefve.

—¿Por qué?

—Porque si se ha de efectuar un experimento para perpetuar o prolongar una raza en el tiempo, preferimos que esa raza sea la nuestra.

—¿Y si no os podéis negar? ¡Yo pertenezco a Jefve!

—Dice que lleva ciento veintidós mil años aquí y que puede enviarnos al pasado o al futuro. El futuro final ya lo conocemos. ¿Por qué no vamos en «suspensión dimensional» al pasado final?

—¿Queréis empezar por el principio? Sea… ¡Id al principio de vuestro mundo!

CAPÍTULO V

Caer, caer, caer… Siempre era igual. De vez en cuando, al filtrarse algún destello de luz violenta por entre las nubes densas, Susan podía ver a Larry, cayendo también, revoloteando en aquel mundo de nubes calientes que les envolvían.

La caída, sin embargo, no era acelerada. Estaba sometida a una ley gravitacional descubierta por Kepler millones de años más tarde. Porque aquél era el principio inmediato de la formación de un mundo. Y la sensación imperecedera de caída era continua.

Susan comprendió que así podían estar cientos de años, cayendo y sin llegar jamás a ninguna parte, dado que no existía el suelo donde poder posarse.

Eran como astronautas que, habiendo salido de su nave, estuviesen flotando en un mar de nubes. De no haberse encontrado en estado de «suspensión dimensional», su muerte habría sido inmediata. Allí no existía ninguna clase de vida de la que poder nutrirse. Todos los elementos estaban en estado gaseoso. Gases, nubes sulfurosas, férricas, tóxicas.

Aquello sólo podía ser comparado con el infierno.

Sin embargo, llegó un momento en que, al producirse un violentísimo chispazo, hasta las nubes se volvieron de un azul anaranjado. Entonces, Susan pudo ver a Larry «cayendo» o «flotando» junto a ella.

—¡Larry! —gritó, con toda la fuerza de sus pulmones, alargando su mano hacia él.

Larry también la vio y extendió su mano. Pudieron asirse.

—¿Qué nos está ocurriendo ahora? ¡Eso sí que es un sueño!

—No, Larry. Rho nos ha enviado al pasado final, o sea al principio de todo. Creo que tú estabas durmiendo.

—¡Ya estoy cansado, Susan! ¡En cuanto vuelva allá aplastaré esa máquina contra el suelo! —rugió Larry, frenéticamente—. ¿Qué se propone?

Susan hubo de explicar a Larry todo lo que había hablado con Rho mientras él estuvo durmiendo en el sillón. Explicó la teoría de los «megaciclos» y la disertación acerca del tiempo inmensurable.

—¿Y por qué le dijiste que nos enviase aquí?

—Su idea era enviarnos a Jefve, creo que con la intención de reanudar la vida en un mundo muerto. Yo tenía que decir algo… ¿Es qué sé lo que quiero?

»Sea todo verdad o pesadilla, nosotros somos de este mundo,

Larry. Sabemos cómo fue el final, pero ignoramos cuál es el principio. Y nos debemos a la verdad absoluta de nuestro mundo, ya que no a la de nuestra breve existencia.

—Quisiera poder comprender, Susan. Pero no lo logro. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Esperemos que Rho nos haga saltar adelante. Éste es el principio. Luego nacerá la vida. Sería interesante ser testigos de esa realización fantástica.

—No, Susan; deberíamos volver a nuestro yate, a nuestro hotel en Key West… ¡Volver a sentirnos nosotros mismos y a saber que todo ha sido un sueño que hemos de olvidar para poder seguir viviendo!

Agarrados de la mano, flotando en aquel ingente mar de nubes, con la única luz de los lejanos destellos y las horrísonas explosiones que se oían de vez en cuando, eran dos seres irreales. Sentían y se desesperaban.

—Rho me habló de lo que podría ser nuestra vida. Me hizo un resumen monótono y tedioso y me insinuó que podía ser mucho peor. Nosotros somos un «ser-doble», formamos parte de un todo dentro de la Creación. Y eso es, hasta cierto punto, maravilloso.

—La única maravilla que yo veo en todo esto es tenerte siempre a mi lado, Susy —declaró él con acento de amargura—. Pero en cuanto vea de nuevo a Rho, te aseguro que me cercioraré de si es, en verdad, indestructible… ¡Y prepárate, Rho, si puedes oírme! ¡Ya he sido juguete tuyo demasiado tiempo!

Muy cerca de ellos, sin que pudieran precisar a qué distancia, se produjo una violentísima explosión, como si la fuerza concentrada de la enrarecida atmósfera, hubiese estallado de pronto.

Quedaron ambos momentáneamente cegados, se produjo una intensa corriente y se separaron, saliendo despedidos violentamente en direcciones contrarias.

Susan chilló con todas las fuerzas de sus pulmones, sin poder siquiera escucharse. Y pareció como si algo se rompiera dentro de ella, perdiendo la visión y la noción de las cosas…

* * *

Al sentir una fuerte sensación de ahogo, se recobró. ¡Tenía la boca llena de agua caliente!

Braceó con desesperación y no tardó en emerger a la superficie. Escupió el agua y agitó pies y manos para mantenerse a flote. A los pocos instantes dejó de moverse y se dio cuenta de que flotaba sobre un mar oscuro, denso y cálido.

Pero estaba sola. No podía, sin embargo, ver más allá de dos o tres metros, porque algo semejante a un denso campo de niebla la envolvía.

—¡Larry! ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —oyó la voz de él, procedente de su derecha.

Nadó con violencia hacia donde había oído la voz. El agua estaba caliente, entre treinta y cuarenta grados. Y no era agua exactamente, sino un líquido en el que flotaban pequeñas partículas oscuras, como de tierra.

El techo de nubes que la envolvía por todas partes no permitía ver el lugar en que se encontraba. La voz de Larry, empero, llegaba claramente hasta ella.

—Larry, ¡por el amor de Dios! ¿Dónde estás?

—Aquí... Voy a tu encuentro.

Susan nadaba ahora con ahínco, pero ignoraba si ganaba distancia o no. Era incapaz de ver absolutamente nada, pese a que en torno a ella se difundía una singular claridad, como si la luz llegase hasta ella a través de un denso y bajo banco de nubes.

Por suerte, al poco escuchó el chapoteo de Larry y no tardó en verle surgir a escasa distancia.

—Hemos caído en algún pantano de agua caliente —dijo él, acercándose hasta tomarle las manos.

El suspiro que se escapó de los labios de la joven movió el líquido ante ella.

—Eso parece. Y la temperatura me hace suponer muchas cosas. Creo que nos encontramos en la superficie del mar. Según Rho, los planetas se forman de grandes núcleos de materia desprendida de la «magma» madre, o sea el sol. Primero es una condensación de gases que se licúan.

»Ésta debe de ser la segunda fase de la creación de un mundo... ¡El nuestro!

—¿Por qué dices eso?

—Rho me explicó muchas cosas —continuó diciendo Susan—. Tú estabas demasiado cansado y dormías. Fui yo, tal vez, la que le pidió venir a esta época. Es preferible conocer el principio de nuestro propio planeta que ir a Jefve.

—No sabemos qué es preferible —musitó Larry, contrariado—. Y no veo la necesidad de estar pasando estas peripecias, primero flotando en el vacío y ahora flotando sobre este líquido caliente que no parece agua.

—Tal vez luego estemos en tierra firme, en otro ciclo evolutivo de nuestro mundo.

—¡No me fío de Rho! —exclamó Larry, furioso—. Creo que nos está mintiendo. Ni veo a qué puede conducirnos la finalidad de esto.

Todo es endiabladamente absurdo… ¡Reconócelo, Susy!

—Yo no lo he buscado. Fuiste tú quien me pidió que te acompañara hasta el galeón hundido. Debiste suponer que allí ocurría algo raro.

—Está bien. Tienes razón. Existía algo raro. Y me hubiese vuelto al hotel de haber sospechado siquiera lo que nos espera allá abajo.

—No te enfades conmigo, por favor. Yo te quiero, Larry. Nada de lo que nos ocurre puede separarnos… ¡Somos un «ser-doble»!

Larry no contestó. No encontró palabras para decir nada. Tampoco nadaban, porque no tenían necesidad. Flotaban sobre el líquido elemento sin necesidad de bracear, porque la densidad del agua era suficiente para sostenerlos.

—¡Vaya una situación más absurda! ¡Ahora falta saber el tiempo que nos tendrá Rho en este lugar!

—No cuentes con el tiempo, Larry. Igual podemos estar siglos aquí y creer que sólo han pasado minutos. Si mi teoría no es desacertada y creo que no, cuando perdamos de nuevo contacto entre nosotros y caigamos en la oscuridad mental, nos despertaremos en otro período que puede estar situado a millones de años de éste. Todo habrá cambiado entonces y la Tierra será, poco más o menos, como nosotros la conocemos.

Larry no contestó. Estaba fastidiado de ser juguete de circunstancias desconocidas. Él no podía tomar ninguna iniciativa. Eran fenómenos incognoscibles los que decidían por él.

Sólo tenía el recurso de hablar con Susan, cuya compañía, después de todo, era lo más agradable que podía encontrar.

Por otra parte, en torno a ellos reinaba un silencio profundo, tremendo, casi de vacío. No existían olas, ni temporales, ni nada. Flotaban sobre el agua y siguieron flotando durante horas, hasta terminar por dejarse adormecer dentro del grato calor que les envolvía.

Se durmieron…

* * *

Aquel mar, si lo era, rugió de pronto. Empezó por una breve agitación de su superficie. Las nubes se hicieron más altas, distanciándose, y la claridad se hizo mayor.

Luego, como agitado en el fondo, todo se convulsionó.

Larry abrió los ojos y gritó:

—¡Cuidado, Susy! ¡Algo nuevo está ocurriendo! ¡Se acabó la calma!

Susan se encontraba cerca de él, pero fue por poco tiempo. Las olas se encresparon, tomando caracteres de fortísima marejada, para pasar inmediatamente a mar arbolada y luego, cuando ya se habían separado ambos jóvenes, dentro de un caos espantoso, de espuma y agua, rugidos del mar y saltos caóticos, las olas llegaron a ser gigantescas.

Larry se vio en lo alto de una increíble cresta de ola, y luego, con velocidad meteórica, descendía a los abismos en horripilante caída. ¡Y sobre él se desplomaba una montaña de agua que le envolvía, le ahogaba y le aturdía!

Luego, el mismo elemento le volvía a subir a la superficie, remontándole de nuevo a la cumbre, para arrojarlo violentamente al fondo.

Era algo alucinante. Larry sentía sus brazos a punto de descoyuntarse. Estaba mareado, aturdido y enloquecido. Ignoraba dónde podría encontrarse Susan, pero estaba seguro de que su compañera vivía la misma hórrida pesadilla.

Larry tenía la impresión de que millares de truenos estallaban dentro de su mente. Hasta que llegó un momento en que no fue capaz de soportarlo más, pues ningún ser humano habría podido resistir tan tiránica lucha, y se abandonó a su suerte.

Se convirtió en un juguete de los elementos desencadenados. Subió y bajó, siempre llevado por las aguas, recorriendo trechos increíbles en tiempo infinitamente breve, pero como no se apercibía, era como si no le sucediera nada.

Y de aquel modo pudo estar semanas, o tal vez años.

El tiempo era lo que menos importaba, aunque realmente estuviese transcurriendo.

Y el tiempo fue el que hizo calmarse las aguas y llevar suavemente a Larry hasta una playa de fina arena, bajo un cielo azul intenso, en el que podía verse el Sol, mucho más fuerte y luminoso de lo que él estaba acostumbrado a ver. Pero también había nubes blancas, como bancos de algodón que discurrían rápidas en el cielo, a escasa altura.

Larry abrió los ojos sin dar crédito a lo que estaba viendo.

Hubo de hundir sus dedos en la fina arena para darse cuenta del lugar en que se encontraba.

Y la primera expresión que surgió de sus labios, fue:

—¡Gracias, Dios mío!

Al levantar la cabeza, a lo lejos, vio el paisaje irregular de las montañas. Y le extrañó su coloración enteramente rojiza, como si fuesen montes de arcilla. Él no recordaba haber visto jamás un terreno semejante. La arena que tocaban sus dedos y su cuerpo semidesnudo también era finísima y algo roja.

La tierra estaba desprovista de hierba. Todo era liso y suavemente ondulado.

Se puso de rodillas y miró a derecha e izquierda. Entonces vio un cuerpo tendido sobre la arena, cerca de donde rompían las olas con espuma blanca. Vio el mar inmenso, intensamente azul.

Reconoció a Susan en la figura que yacía en la arena y se levantó, corriendo hacia ella. Sobre la arena virgen, las huellas de sus pies dejaron el primer rastro humano en la historia de la humanidad.

Susan respiraba suavemente. Larry tomó agua con las manos, notándola más fría que anteriormente, y más cristalina. Era agua que todavía no estaba contaminada de salinidad. La probó con los labios y encontró un sabor raro, insípido.

Su frescor, sin embargo, sirvió para hacer que Susan recobrase el sentido y abriese los ojos.

—Tenías razón, Susy. Ya estamos en tierra… Aunque jamás he visto un paisaje como éste.

La muchacha levantó la cabeza y miró en derredor. De sus labios se escapó una exclamación admirativa.

—¡Aaaah!

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Larry—. Aunque mejor sería preguntar «cuándo» estamos… ¿En qué época?

—Debe ser un período muy primitivo, millones de años antes de nuestra época. Se deduce que la vida vegetal aún no ha nacido… O puede que estemos en una isla.

—¿Crees que debemos explorarla?

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —retrucó Susan, poniéndose en pie.

Sus figuras, tan escasamente vestidas, destacaban grandemente en medio de aquel paisaje marítimo y terrestre, que sin duda debía pertenecer a la edad primaria, en alguna época comprendida entre el azoico y el pérmico, o sea la edad de los minerales.

Caminaron, pues, sobre la lisa arena. Creían notar bajo sus pies desnudos el tibio calor de la tierra recién cocida.

—Indudablemente, aunque el paisaje difiera en otros lugares, esta tierra ha surgido del fondo del mar —indicó Larry—. Y eso es asombroso.

—¡Más asombroso ha sido salir con vida del cataclismo marino en que estábamos metidos! ¡Sentí una angustia indescriptible!

—Igual que yo —admitió él—. Llegué incluso a abandonarme y a rezar, creyendo que no saldría vivo de allí.

—¡El aire es diáfano!

—Creo que estamos respirando oxígeno puro.

Caminaron durante horas a lo largo de la orilla del mar, siempre viendo el mismo paisaje. Ni una insignificante brizna de verdor por

ninguna parte. Todo sílice, arcilla.

El firmamento, empero, estaba poblado de estrellas. Al ponerse el Sol pudieron ver las luminarias del cielo... ¡Y las estrellas no tenían la forma que ellos habían estudiado en la escuela! ¡Todo parecía ser distinto!

Tampoco tenían alimentos para llevarse a la boca y la caminata había sido larga. Por esto se sentaron a cierta distancia de la playa, abrazándose como si quisieran transmitirse su propio calor. Al cerrar la noche, la soledad les envolvió.

—No temas, Larry —musitó Susan—. Rho no nos abandona. Sólo nos está haciendo conocer el pasado. Luego veremos las primeras plantas, los primeros animales y, posiblemente, los primeros seres humanos. Quizás nos haga pasar por el pleistoceno, para llevarnos al paleolítico y luego al neolítico.

—Singular viaje a través del tiempo, Susan.

—Debemos considerarlo, después de todo, como un privilegio del que no gozan la mayoría de la humanidad.

—¿Qué quieres decir?

—Existen otros seres que han podido ver esto, Larry. Los «híbridos» nos dijeron que ellos podían viajar en el tiempo. En nuestra época, naturalmente, eso no ocurre. Puede que hayamos sido los primeros.

—Se me están pasando las ganas de vivir aventuras, cariño —replicó Larry, intentando ser festivo.

No podían ser enteramente felices, aunque ahora tuvieran un suelo sobre el que pisar. Efectivamente, se encontraban en los albores de la prehistoria, cuando la Tierra acababa de ser creada. Y durante los días que estuvieron recorriendo aquellos parajes, sin poder beber más que agua, y sintiendo por momentos que les abandonaban las fuerzas, sólo vieron tierra roja y agua.

Este período de transición duró bastantes días solares. Ellos vieron ponerse el Sol y ocultarse más de treinta veces. En realidad, dada la gran velocidad del planeta, los días eran más cortos. Pero no se apercibían.

El agua del mar insípida e incolora, no les aliviaba mucho el hambre. Y, por último, hubieron de renunciar a seguir caminando, sentándose.

Agotaron los temas de conversación. Llegaron a todas las hipótesis imaginables y no descubrieron nada definitivo. La única verdad era que se encontraban solos en un mundo todavía nuevo.

Al fin, extenuados, sus ojos se cerraron...

¡Y, al despertarse, se encontraron sobre un suelo que temblaba violentamente!

El cielo era cárdeno, cubierto de nubes negras, como de humo, y

parecía desgarrarse todo en furiosos estallidos eléctricos, mientras la tierra se estremecía y roncaba sordamente, desde sus abismos.

—¡Diablos! —exclamó Larry, poniéndose en pie y cayendo acto seguido, a consecuencia del tremendo seísmo.

Del cielo surgían espantosos chispazos eléctricos que parecían incendiarlo todo, porque eran rápidos, alucinantes y compactos, como una auténtica lluvia de electricidad desencadenada.

Susan también se levantó, agarrándose con fuerza al pecho de su novio.

—¡Larry! ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

—Si no es el fin del mundo, debe de ser el principio... ¡He visto incluso árboles, Susy!

Efectivamente, cerca de ellos existían unos gigantescos árboles, de frondoso ramaje. Se alzaban al cielo como altísimos rascacielos de millares de brazos. Las luces y las chispas eléctricas permitían verlos, así como la enmarañada selva de la que surgían.

El calor era angustioso y el aire estaba impregnado de azufre.

Con estallidos colosales, muchos de aquellos árboles se desplomaban, al ser alcanzados por los ingentes rayos ígneos, surgiendo fogonazos alucinantes y espantosos.

Larry logró ponerse en pie, abriendo las piernas para conservar el equilibrio. Ayudó a levantar a Susan y gritó en su oído:

—¡Vámonos de aquí! Si nos cae encima uno de esos árboles antediluvianos, nos triturará.

Corrieron y comprobaron que, pese al temblor constante del suelo, la velocidad les permitía conservar el equilibrio. Y su huida fue acertada, porque la copa de uno de aquellos árboles, de más de mil metros de altura, se desplomó sobre el lugar donde ellos habían estado tendidos.

Corrieron por la vertiente, hasta alcanzar el llano. La tempestad eléctrica era cada vez más intensa, y en torno a ellos parecían surgir de la tierra los chispazos de luz blanca, humo y azufre.

Jamás supieron cuánto tiempo estuvieron corriendo. La tierra se abría por numerosos sitios, formándose profundas zanjas, algunas de las cuales podían saltar. Pero hallaron una tan amplia que hubieron de desistir y correr paralelos a ella.

Luego, sin que pudieran precisar cómo, la tormenta amainó y el suelo dejó de templar. Fue entonces cuando se miraron, con expresión de espanto y vieron sus cuerpos cubiertos de largo vello.

¡Estaban cubiertos de pelo largo y revuelto, como los animales!

CAPÍTULO VI

Sufrieron luego los intensos fríos. Ya existían elevadas montañas, enteramente cubiertas de hielo. Fue preciso refugiarse en grietas y hendiduras, abrazarse intensamente y no pensar en que se habían convertido en poco menos que animales prehistóricos.

También descubrieron peces en los mares. Eran peces rarísimos. En un lago helado, cuya corteza pudo romper Larry con una gruesa piedra, los habitantes del agua estaban apresados por el hielo y aturdidos por los rigores del frío. Por ello fue fácil capturar unos cuantos y dejarlos morir al sol, sobre el hielo.

Encontraron un bosque de increíbles dimensiones. La vegetación había crecido pródigamente durante uno de sus «breves» sueños. Arrancando el hielo que cubría los árboles, Larry pudo conseguir suficientes ramas para intentar con ellas algo tan primitivo como encender fuego frotando dos leños secos. Fue una tarea agotadora. Se le agotó la energía de los brazos, pero se le desarrollaron unos músculos que antes no había tenido.

Susan le miró todo el tiempo con pena. Larry estaba muy feo con el cuerpo cubierto de largos pelos. Continuaba cubriéndose con el «slip» y ella con el «bikini». Pero la joven no estaba ni mucho menos hermosa con el cuerpo y el rostro lleno de espeso vello que, indudablemente, les servía de protección contra el frío.

Al fin, Larry consiguió calentar lo suficiente la madera, ya seca por el frotamiento, para ver salir el humo… ¡El primer humo de la historia de la humanidad!

Poco después surgió el fuego. Soplaron intensamente Larry y Susan. Y sus esfuerzos se vieron recompensados por una llama que pronto alcanzó caracteres maravillosos y que fundió el hielo en torno a ellos.

Tenían peces para alimentarse, agua de nieve para beber y fuego para calentarse. Además, continuaban juntos.

—Desde luego, el fuego es confortador —dijo Larry—. Pero hemos de evitar que se apague. Lo mejor que podemos hacer es conseguir más leña. Con ascuas fundiremos más fácilmente el hielo. Hemos de hacer una cabaña de esquimales y sacar peces del río…

—Yo no me molestaría en tanto, Larry. No vamos a pasar aquí toda la vida. Ya hemos visto que Rho nos está haciendo conocer todas las épocas prehistóricas. Estoy segura de que cuando estemos instalados, nos hará aparecer en otra época más adelantada, donde haya desaparecido el hielo. Sabemos que existieron varios períodos

glaciares, pero no creo que vayamos al siguiente.

—¿Y cuándo sucederá eso? ¿Vamos a estar hasta entonces sufriendo frío?

—No, desde luego. Sólo he querido decirte que no hagamos planes para nada definitivo. Esto no puede durar mucho.

—Sea un día o un año, procuremos que el fuego no se extinga. Es un consejo bastante sano.

Lo hicieron así, acumulando leña y alimentos, por si el período de transición duraba más de lo previsto. Ya sabían lo que significaba caminar por un mundo desierto y sin alimentos, donde el hambre había estado a punto de acabar con ellos.

Con frecuencia, Larry invocaba al cielo o lanzaba anatemas contra Rho.

Susan le dijo una vez.

—Rho nos dijo que llevaba en La Tierra ciento veintidós mil años. Y por el aspecto del paraje que nos rodea, deduzco que no falta tanto para llegar a nuestra época.

—¿Quieres decir que Rho ha llegado ya hasta nosotros?

—Sí.

—Pero ¿dónde estamos? ¿Sabemos acaso si esto será América algún día?

—Además, está bajo el agua, y posiblemente a mucha más profundidad de la que le encontramos.

—Por eso es inútil intentar ir hasta él. Debemos seguir esperando. ¿Cuál será el próximo período que nos hará vivir?

La respuesta a esta pregunta la tuvieron bastantes días más tarde. Estaban durmiendo dentro de un tosco «iglo» hecho de bloques de hielo, y cuando se despertaron el «iglo» había desaparecido, así como el fuego y las brasas.

En torno a ellos no existía el menor vestigio de todo lo que habían reunido en su nueva existencia. Todo, incluso los peces ahumados, habían desaparecido.

Se encontraban en el lindero de un bosque de árboles semejante a los actuales. El suelo era verde, cubierto de hierba y cizaña. Pero, en las ramas de los árboles, había frutos.

Hacía calor... ¡Y el vello les había desaparecido del cuerpo, siendo ahora enteramente igual que habían sido antes!

Se pusieron en pie y se abrazaron, llenos de alegría.

—¡Pájaros, Larry! —gritó Susan, señalando al cielo.

Larry no contestó. Su rostro se había nublado súbitamente, al ver los pájaros. No eran precisamente gorriones, sino gigantescas aves, de enormes alas, que la distancia había hecho parecer aves de pequeño tamaño.

En realidad, eran pterodáctilos de casi diez metros de

envergadura. Y sus graznidos, al dejarse caer sobre la indefensa pareja, hacía poner los cabellos de punta.

Fue preciso correr hacia los árboles para protegerse de aquellos horrendos animales alados, cuyas garras desgajaban ramas enteras de los árboles y cuyos picos pretendían alcanzar a los jóvenes.

Por suerte, encontraron un lugar frondoso, de árboles añosos y recios, que formaban una especie de techo sobre sus cabezas. Y los pterodáctilos no podían atravesar el denso ramaje, terminando por desistir de su intento de captura.

La nueva situación no era muy halagüeña para los viajeros del tiempo. Si una situación había sido peligrosa, la que se sucedía era tanto peor o más que aquéllas. Junto a los pterodáctilos debían existir los animales antediluvianos, enormes dinosaurios y otras especies no menos feroces y bestiales.

Y prueba de ello la tuvieron horas más tarde, al escuchar un estremecedor rugido que procedía de más allá del bosque en donde estaban refugiados.

Se asomaron al lindero, pudiendo presenciar algo que les heló la sangre en las venas. Un gigantesco brontosaurio estaba rodeando a un tiranosaurio de no menos colosales dimensiones.

Era evidente que ambos se disponían a acometerse. Sus enormes bocas estaban abiertas y sus garras delanteras, alzadas y dispuestas a hundirse en el cuerpo de su adversario, se aprestaban al ataque.

El brontosaurio, con su largo cuello y su pequeña cabeza, no se decidía a la acometida y optaba por moverse en derredor de su enemigo, el cual era ligeramente mayor.

De pronto se produjo el ataque. Como dos moles inmensas, ambos animales se enzarzaron con sus patas delanteras, mientras que separaban de su contrincante sus pequeñas cabezas. A la primera embestida, ambos se vinieron al suelo, que tembló como sacudido por un terremoto.

Se trataba de bestias de movimientos lentos y pesados. Pero la fiereza que desarrollaban en aquel momento era descomunal, revolviéndose en el suelo con ferocidad, a la vez que emitían espantosos rugidos.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Larry, tomando a Susan de la mano y echando a correr a través del bosque.

Durante largo rato estuvieron escuchando los rugidos de las fieras en pugna. También encontraron enormes reptiles que les miraron con estúpida curiosidad, aunque sin atacarles.

—Será mejor que subamos a un árbol, Larry —propuso Susan—. Vamos descalzos y puede mordernos algún animal venenoso.

—¿No decías que Rho nos protegería? Me parece que hasta el momento, ha sido una gran suerte que sigamos con vida. Si nos

alcanzan las garras de esos pájaros, nos arreglan el cuerpo.

Eligieron un frondoso baobab, de ramas bajas y tronco grueso. Larry ayudó a trepar a Susan, hasta alcanzar una altura considerable, sobre el suelo, donde se sentaron a horcajadas sobre una rama.

—Aquí no nos molestarán esas bestias. Bonito lugar para venir de vacaciones, querida —sonrió Larry—. En verdad, estamos viviendo una emocionante aventura. ¿Qué nos falta ahora para encontrar a los hombres de las cavernas?

—Quizás en el próximo salto —contestó Susan, sonriendo también—. Y, desde luego, pese a lo que digas, todos esto tiene su aliciente. Cuando lo contemos a nuestros amigos…

—¿Piensas que van a creerte? ¡Eso ni lo sueñes! —replicó Larry secamente—. En primer lugar, dudo mucho que podamos volver a nuestro tiempo y a nuestra casa. En segundo lugar, si lo conseguimos, te guardarás muy bien de decir nada. No tengo ningún deseo de terminar la aventura en un manicomio.

—¿Y por qué no habían de creemos? Tenemos pruebas de todo lo que hemos visto.

—¿Pruebas? ¿Dónde están?

—Rho es la principal.

—Rho no es más que una máquina insignificante y transparente, que pienso destruir en cuanto regrese a la mansión submarina.

—¡Te guardarás muy bien de hacerlo! ¡Podría significar nuestra muerte!

—No te hagas muchas ilusiones, Susan. Si no estamos muertos ya, nos acercamos mucho a la muerte.

—¿En qué te fundas?

—En nada. Puedo tocarme, sentirme, pensar, hablar y ver. Estoy aquí, y tú también estás. Sin embargo, todo parece fruto de la ficción, de la irrealidad. Quizás estemos viviendo o «sintiendo» una pesadilla.

—No es eso. Ocurre que carecemos de suficiente desarrollo intelectual para comprender el fenómeno. Nuestras mentes están condicionadas a un mundo y a una época. No hemos logrado sustraernos aún a lo que hasta ahora nos parecía lógico y racional.

»Ahora somos diferentes, Larry. Podemos vivir en «suspensión dimensional», que es un concepto metafísico del medio en que ahora nos encontramos.

—¡Palabras sin sentido! —rezongó Larry.

Hubiesen seguido discutiendo de no haber escuchado un silbido estridente, que se produjo al pie del baobab en donde se encontraban. Larry se inclinó a mirar hacia abajo, para ver lo que producía el ruido, ¡y lo que vio le erizó el cabello!

Trepando por el tronco del árbol vio un repelente animal, especie de camaleón gigante, de erizada columna vertebral, boca abierta y

horriblemente dentada, de la que surgía una extensa lengüeta en forma de horquilla, que se agitaba nerviosamente, hurgando entre las ramas del árbol.

El tamaño del extraño animal era pavoroso. Tenía capacidad suficiente para devorar a ambos jóvenes, dado que su boca ofrecía un diámetro de un metro y medio. Se agarraba al tronco del árbol con sus afiladas garras de reptil y se movía con lentitud.

—¿Qué es eso?

—Una salamandra gigante —musitó Larry, sintiendo secársele la boca.

Aquel monstruo trepaba inexorablemente hacia las alturas, agarrándose fuertemente al tronco.

Larry se puso en pie sobre la rama en que se encontraba y se sujetó a otra rama superior. Susan, apoyándose en él, hizo lo mismo. Así, retrocedieron hasta sentir que la rama que les servía de apoyo empezaba a inclinarse, a consecuencia del peso de sus cuerpos.

El monstruo erizado y cubierto de gruesas escamas pardas continuaba subiendo. El silbido de su garganta era estremecedor. Pero el verle tan cerca convirtió en sudor frío los cuerpos de ambos jóvenes.

La salamandra, camaleón o lo que fuese, llegó hasta la rama en donde se encontraban Larry y Susan. Allí se detuvo y les estuvo mirando durante unos minutos. Ambos jóvenes no podían retroceder más, pues la rama que los sostenía se hubiese desgarrado, precipitándoles abajo, desde una altura de más de veinte metros.

El animal no debió de tener en cuenta esta posibilidad. Era evidente que tenía hambre y cerca de él había animales extraños. Por esto avanzó despacio, agitando la horquilla de su nerviosa lengua. El peso de aquella bestia inclinó aún más la rama sobre la que se sostenían. Fue preciso colgarse de la que tenían encima, con riesgo de partirla, pues era más débil que la inferior.

Y la salamandra gigante continuaba acercándose.

Susan chilló, aterrada, al perder el apoyo de sus pies, al hundirse más la rama, bajo el peso del monstruo. Y, de repente, la rama se partió con un fuerte chasquido, y el animal se precipitó al vacío, golpeándose en otras ramas inferiores, a las que intentó sujetarse sin éxito.

Arriba, Larry y Susan pudieron encaramarse a la rama en donde se sujetaban, acercándose de nuevo al tronco, donde estaban más seguros. Allí se abrazaron, trémulos. La experiencia había sido absolutamente desagradable.

* * *

Días más tarde, descubrieron un volcán humeante. Al acercarse al pie de la montaña se encontraron un río de lava, del que surgía un calor intensísimo. Se trataba de un paraje despoblado en donde no se acercaban los animales salvajes, cuyo instinto les advertía apartarse de aquellas peligrosas proximidades.

Con la piel de un animal muerto y medio destrozado, Larry se hizo unas primitivas botas. Utilizó una piedra de sílex para realizar su trabajo. Limpió primero al animal, una especie de oso pardo de gran tamaño y afilados colmillos, que le faltaba buena parte del tronco y que debió ser arrastrado por otro animal superior, y luego dispuso la piel con el pelo hacia adentro. Cortó tiras y con ellas se anudó la piel a los tobillos.

También hizo un calzado semejante para Susan. Ella, muy divertida, se lo puso.

Luego se proveyeron de largos palos puntiagudos, a modo de azagayas. Larry pudo hundir uno de aquellos palos en la boca abierta de un animal parecido a un bisonte, que les atacó estando protegidos detrás del tronco de un árbol.

El animal, herido de gravedad, se alejó un largo trecho, con el palo hundido en la boca, pero terminó por caer al suelo, donde se estuvo revolcando durante horas hasta que murió. Larry hizo entonces una gran hoguera, con ramas que recogió de los alrededores. La encendió fácilmente con ayuda de una rama que introdujo en el río de lava.

Regresó a donde esperaba Susan, intentando despellejar el animal muerto con una piedra afilada y encendió la hoguera, que sirvió para asar fragmentos de bisonte y para ahuyentar a los demás animales que merodeaban por las cercanías.

De aquel modo hicieron una buena comida, sin sal y sin agua, porque no la había en las inmediaciones. La piel del bisonte la limpiaron con cuidado y la clavaron con estacas. Larry parecía saber todas aquellas cosas a la perfección y enseñaba a su novia los misterios del curtido.

También, efectuando alguna breve excursión al bosque, siempre llevando consigo antorchas encendidas, porque las grandes aves merodeaban sobre ellos, consiguieron encontrar ramas finas y fuertes, con las que hicieron arcos y flechas. Tripas de animal, retorcidas y secas, sirvieron para tensar los arcos. Las flechas, fabricadas al estilo indio, tenían puntas de pedernal, muy afiladas.

Para probar sus nuevas armas, Larry disparó contra un ave que se cernía sobre ellos, a despecho del humo y del fuego. Herido de muerte, el gigantesco pájaro se desplomó junto a ellos. Estaban adaptándose rápidamente al ambiente de los grandes animales del miocénico, en plena era terciaria. Y como siempre les ocurría, cuando

llevaban cierto tiempo en aquella vida, al despertarse un día se encontraban en lugar distinto.

¡Todo había cambiado de nuevo para ellos!

* * *

En aquella ocasión se encontraron con el hombre primitivo.

Al despertarse, vieron a un grupo que les rodeaba. Llevaban hachas de piedra, lanzas de sílex y pedernal. Eran barbudos, deformes, bestiales y de ojos pequeños y frente hundida.

Estaban ligeramente inclinados hacia adelante y sus brazos eran largos y velludos.

Susan y Larry, como siempre que surgían a un nuevo período, vestían sus breves ropas de baño. Al incorporarse, oyeron los gruñidos de aquellos hombres, vieron sus gestos amenazadores y comprendieron el significado de sus aviesas miradas.

Larry fue el primero en levantarse. Alzó la mano en señal de saludo y dijo:

—No nos miréis como a enemigos. Somos viajeros del futuro.

—No te canses, Larry —intervino Susan—. No pueden entenderte. Esto es lo más parecido a un grupo de pitecántropos «erectus». Y no creo que utilicen la lengua para hablar. Les pasa lo mismo que a los «híbridos», pero a la inversa.

Los gestos hostiles de aquellos sujetos —doce en total, de distintas edades y estaturas— no eran para tranquilizar a Larry, que veía en las porras y hachas un peligro demasiado próximo.

También gruñían sordamente.

—Déjame a mí, Larry —dijo Susan extendiendo los brazos hacia los seres que les rodeaban.

Luego, tomó la mano de Larry y avanzó hacia los que estaban más próximos, sin inmutarse ante sus gestos y gruñidos.

Su actitud desconcertó a los primitivos, que se apartaron bruscamente. Entonces, Susan se detuvo y se volvió al hombre que tenía más cerca, extendiendo la mano hacia él.

—¡Cuidado no te aplaste la cabeza con su porra, Susy! —advirtió Larry.

—Hemos de demostrarles que no les tenemos miedo y que queremos ser amigos suyos. No saben quiénes somos, porque no nos han visto antes. Pero se dan cuenta de que no somos animales peligrosos.

Susan mostraba sus manos desnudas y sonreía continuamente, lo que obligó al sujeto que tenía en frente a sonreír también, mostrando

unos dientes fuertes y amarillos, de horrible aspecto.

La muchacha inclinó entonces la cabeza. Y, a su vez, el hombre hizo lo mismo.

Después de esto, Susan extendió la mano.... ¡Y se la dejó tomar por el hombre, el cual sonreía de modo brutal, emitiendo gruñidos roncos, como los de un orangután!

Susan habría de arrepentirse pronto de haber dado esta demostración de afecto, porque el otro no tenía intención de soltarle la mano, y se la zarandeaba arriba y abajo con violencia.

Larry se vio en la necesidad de intervenir, interponiéndose entre Susan y su admirador, sujetando a ambos el brazo.

—Escucha, amigo —dijo al «primate»—. Esta mujer es mi compañera... ¡Es mía! ¿Me entiendes?

—¡Grrrr! —gruñó el hombre, enseñando los dientes.

Larry perdió la paciencia y se dispuso a jugárselo todo a un gesto. Sin pensarlo dos veces, golpeó el brazo del otro con el canto de la mano.

El individuo emitió un rugido y soltó a Susan, para alzar su maza y dejarla caer sobre Larry. De haberle alcanzado, le habría hundido el cráneo. Larry esquivó con agilidad y se dispuso a luchar. Era el único argumento que parecían entender aquellos tipos.

La lucha habría de ser breve. Larry era joven, había practicado mucho deporte y conocía tácticas de lucha que aquellos sujetos no habían soñado siquiera. Primero empleó la esgrima de sus pies, esquivando las brutales acometidas del otro, hasta que una vez, volviéndose, logró atenazar la muñeca de su adversario. Se volvió entonces y volteó al hombre, haciéndole saltar violentamente sobre su hombro.

El infeliz quedó en tierra aturdido. Sus compañeros gruñeron amenazadoramente. Esto hizo que el caído se levantase y quisiera agarrar del cuello a Larry. Un raudo movimiento con sus brazos, permitió a Larry apartar las manos del otro, para luego pegarle violentamente a la mandíbula con el puño y el codo.

Y en una ocasión en que el primitivo avanzó el cuello, le asentó un demoledor golpe de karate en la nuca, con lo que la lucha quedó terminada. El sujeto se desplomó y quedó inerte en tierra.

Larry se golpeó entonces el pecho y gritó:

—¡Soy el más fuerte! ¡Esta mujer es mía! ¡El que quiera disputármela tendrá que vérselas conmigo!

Susan, a un lado, estaba henchida de orgullo. ¡Aquél era su Larry, su amor, su hombre!

Los otros no replicaron. Les acompañaron a una gruta, en donde vivían en comunidad, les dieron de comer y de beber, y luego Larry les enseñó a fabricar flechas, lanzas y arcos, así como hachas más

útiles.

Incluso llegaron a respetarle como a un jefe.

Pero una noche...

CAPÍTULO VII

...Se despertaron en la sala de techo bajo, donde estaba Rho, sobre la mesa.

A ambos lados se encontraban los dos alabarderos españoles del siglo XVI, ¡vivos!... Y empuñaban modernas metralletas.

Larry bizqueó al ver aquello. Se encontró sentado en un sillón reclinable, de goma espuma. A su lado, también incorporándose, estaba Susan.

—Sed bienvenidos de regreso de vuestro emocionante viaje al pasado —se oyó decir la voz de Rho.

Uno de los españoles volvió la cabeza y miró al objeto transparente que había sobre la mesa.

—¿Los matamos ahora, Rho? —preguntó en correcto inglés.

—No, Ernesto. Todavía no. Ya os he dicho que yo daré la orden de disparar, si llega el caso.

—¿Qué significa esto? —preguntó Larry, poniéndose en pie.

—Siéntate, joven —habló el otro español, cuyo nombre era Pablo de Zárraga.

El cañón de la metralleta no presagiaba nada bueno. Larry miró el arma y luego a los ojos brillantes del individuo ataviado a la usanza de los tiempos del descubrimiento de América. Aquello podía ser todo lo irreal que se quisiera, pero el arma era tangible.

Larry se sentó.

—Eso está mejor —dijo entonces Rho, haciendo oscilar las luces de sus transparentes circuitos—. Reconozco que soy frágil y no quiero correr el riesgo de que me estrelles contra el suelo.

—¿A qué viene esto? —preguntó Susan.

—El viaje por el período prehistórico ha terminado. Ahora tenemos que hablar detenidamente. Ya sabéis lo que necesito de vosotros dos. ¿Estáis dispuestos a ir a Jefve?

—No —dijo Larry, tajante—. Deseo volver a mi época, a mi mundo, con nuestros amigos y familiares.

—Sin quererlo evitar, tu época ha quedado ya un poco rezagada, Larry Keith. Ahora estamos en el año dos mil.

—¿Cómo?

—No te asombres. El tiempo pasa, aunque no se quiera. No es un factor determinativo, pero es real. Los «híbridos» no sabrían decirte con exactitud qué cosa es el tiempo. Tampoco puede decíroslo Juan de Heredia, dado que, para vosotros, no ha pasado ni unas horas... Pero es un hecho real que vuestro viaje ha durado treinta y tres años.

»Lo siento de veras, creedme. Si salís ahora a la superficie, encontraréis muchas cosas cambiadas. El mundo ha sufrido algunas modificaciones notables. Hubo una guerra atómica y América está terriblemente contaminada de radiactividad.

—¡No, eso no puede ser! —gritó Susan, poniéndose en pie—. Usted, quienquiera que sea, nos envió al futuro y al pasado. Ahora tiene que devolvernos a nuestro tiempo, sin decirnos lo que ha ocurrido. No queremos saber el futuro. No queremos saber nada... ¡Sólo queremos ser lo que éramos antes y atenernos a las circunstancias de nuestra propia e incierta existencia!

»Si hubo una guerra atómica, tenemos que olvidarlo. Y pasaremos a través de ella como cosa nuestra.

—No te quiero engañar, Susan Folk —respondió Rho—. Pero, si pudierais volver a vuestra época, cosa imposible, os encontraríais con la muerte.

—¡Mentira! ¡Eso es falso!

—Puedo demostraros que no miento. Me resulta fácil teleportar a un «iros» de la actualidad, quien os explicará todo lo que ha sucedido en estos últimos años.

—¡Sería una patraña! —remarcó Larry, furioso.

—No estoy hecho para embaucar. Yo no soy un ser humano, como Juan de Heredia. Es la verdad. Os voy a mostrar a un testigo... Vedlo ahí.

A la derecha de donde estaban los jóvenes, se materializó un hombre, de mediana edad, casi calvo y con extrañas gafas, cuya montura y cristales parecían formar una sola pieza. Vestía ropas ajustadas, color acero y no parecía llevar cremallera y botonadura. Sus pies y piernas iban cubiertos con la misma tela acerada, como si fuese descalzo.

En su muñeca derecha llevaba una especie de reloj, y sobre el pecho, lucía un anagrama de enrevesadas letras.

—Podéis preguntarle. Se llama Edmond Keller y trabaja en un laboratorio subterráneo, en el lugar donde estuvo la ciudad de Nueva York.

Larry se levantó y, desdeñando las armas de los dos hibernados españoles, se acercó al «iros» aparecido.

—¿Es cierto eso? ¿En qué año estamos?

—En el año dos mil, joven.

—¿Qué edad tiene usted?

—Cuarenta y dos años.

—Tenía, pues, nueve en 1967, ¿no es así?

El «iros» sonrió.

—Soy clasificador matemático de la Empresa *Reven-Steel & Kosloff*, de Lima. Tenemos el laboratorio a quinientos metros por

debajo del Hudson River. Formamos equipo con la *Canadian Research Co.* y la Bronte-Fill & Moon-3 *Camp*.

—No entiendo nada. ¿A qué se dedican?

—Control de radiactividad. Intentamos descontaminar grandes áreas de terreno en los Estados Unidos.

—¿Hubo guerra atómica?

—Sí, la hubo —contestó Edmond Keller, tristemente—. Yo estaba de vacaciones en Israel cuando estalló. Murieron ciento cincuenta millones entre rusos y chinos... ¡Fue algo espantoso, inaudito, infrahumano y demoníaco!

»La humanidad no se ha repuesto aún de aquella catástrofe del año 1984, que acabó con todos los gobiernos políticos del mundo entero.

—¿Oriente contra Occidente? —preguntó Larry, apenas sin voz.

—Sí.

—¿Quién venció?

—Nadie.

—¿Cuánto duró esa guerra?

—Setenta y seis minutos exactamente.

Larry abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Tan poco?

—Se cuenta desde que lanzaron los primeros proyectiles intercontinentales hasta que cayó el último. Una hora y dieciséis minutos. Habían bombas orbitales y proyectiles con base submarina. La ola de fuego se extendió de norte a sur, por todo el litoral este y oeste de los Estados Unidos. En el medio oeste, se salvaron bastantes personas, pero se trataba de poblaciones de escasa densidad. Pudieron escapar unos setenta millones de seres, que ahora viven en África y Sudamérica.

»La radioactividad continúa, sin embargo, causando incontables bajas en todas partes, y para evitar la contaminación se están construyendo las ciudades subterráneas y submarinas.

»Nosotros trabajamos en ello. Es una labor ardua que ha creado compañías particulares para la reconstrucción.

—¿En qué condiciones está ahora el mundo?

—Nos recuperamos. Al quedar abolidos los ejércitos y los gobiernos, la policía mundial está mandada por el Secretario de la Organización Mundial, que es subvencionado por las Compañías Industriales de la Tierra, Marte y La Luna.

—¿Han conquistado los planetas?

—Sí. Tenemos bases en esos tres y complejos industriales para el aprovechamiento del subsuelo.

—¿Y los conflictos raciales? ¿Y los problemas que existían en 1968?

—La catástrofe fue demasiado grande. Hubieron de pasar varios años antes de que el mundo pudiera reaccionar. Los supervivientes teníamos que seguir viviendo. Se pasó por una época de grandes calamidades. El hambre se enseñoreó de Europa y en África...

—¿No quedó Rusia destruida?

—No. El daño lo sufrieron Siberia, China, Mongolia, Corea, Japón y los Estados Unidos.

—¿Por qué empezó la guerra?

—¿Y qué importa ahora? La fricción duraba ya mucho tiempo. Primero lucharon Rusia y China. Luego firmaron la paz y se volvieron contra Occidente. El chispazo surgió cuando agentes comunistas asesinaron al Presidente Kundt, en Cincinnati, para evitar el pacto Australo-africano, que ponía de parte de los Estados Unidos a casi la mayor porción geopolítica del mundo.

»La represalia fue inmediata. Tokio fue bombardeado con proyectiles atómicos y totalmente destruido. Lo demás ya lo sabe.

Larry retrocedió unos pasos. Se volvió a la máquina transparente y preguntó:

—¿Y nosotros? ¿Qué ha sido de nosotros?

—Estáis vivos, gracias a mí —contestó Rho—, porque yo os he apartado de esos peligros.

Susan no había dicho nada mientras el «iros» Edmond Keller guardaba silencio, en espera de regresar al laboratorio del que había sido sustraído.

—Pese a todo eso, deseo volver a mi época. No existe ninguna prueba de que yo estuviese en Nueva York en 1984. Puedo haber sobrevivido a la hecatombe.

—Eso podemos averiguarlo pronto —intervino Susan—. Nosotros hemos vivido en «suspensión dimensional» en un pasado lejano. ¿Por qué no podemos retroceder al pasado inmediato y hacer lo mismo?

—¡No! —declaró Rho, formalmente —. En Jefve necesitan un «ser-doble»... ¡Y no creo que se presente otra oportunidad en muchos años! ¡Sé que Juan de Heredia me destruirá!

Por vez primera, el tono de voz de Rho parecía haberse alterado.

—¡No pienso ir a Jefve! —gritó Larry—. No secundaré los planes de nadie, y menos en contra de mi voluntad.

—En tal caso, actuaré contra vuestra voluntad —replicó Rho.

* * *

Las metralletas de Ernesto Aguilar y Pablo de Zárraga les conminaron, obligándoles a marchar hacia la puerta de madera

labrada que conducía a la sala en forma de campana y luz roja, en donde se despertaron al principio de aquella extraña aventura.

Una vez allí dentro, los españoles del siglo XVI les encerraron, dejándolos solos, en el más absoluto silencio.

—¿Por qué nos han encerrado aquí? —preguntó Larry, al quedar solos.

—Lo ignoro —contestó Susan, con acento triste—. Quizá sea para realizar los preparativos de nuestro viaje al infinito o para que tengamos ocasión de hablar entre nosotros.

—Tú y yo no tenemos nada más que hablar, Susy. Creo haber expuesto la opinión de los dos.

—Lo siento, Larry —murmuró ella, con la cabeza baja—. Has expuesto únicamente la tuya.

—¿No piensas como yo?

—No quiero morir, Larry. Somos muy jóvenes...

—La muerte es un curso natural de la vida. No debemos temerla.

—Pero es triste la separación que ello representa. Si volvemos a nuestra época y nos envuelve esa horrible guerra...

—¡No sabemos que sea cierto! ¡No sabemos que sea cierto nada! ¡Ni siquiera sabemos que sea cierto todo lo que hemos visto y vivido!

»Lo único seguro es que nos encontramos aquí y no podemos salir ni volver con nuestros familiares. Es de suponer que nos estarán buscando por las aguas que bañan estos lugares.

—Desde luego, es curioso que no nos hayan encontrado. La lancha quedó arriba, anclada. Al llegar la hora de volver, nos echarían de menos y nos buscarían. Seguramente, enviarían hombres ranas... ¡Y debían ver el galeón, como lo vimos nosotros!

Susan miraba ahora vivamente a Larry. Aquella posibilidad no se le había ocurrido antes.

—Y registrarían el galeón —siguió diciendo Larry —. ¡Y verían la escotilla que conduce a este lugar! ¿Por qué no han venido en nuestra ayuda?

—Tal vez... No me atrevo ni a pensarlo, Larry —musitó Susan.

—¿Quizá porque todavía no nos han echado de menos? —osó decir él—. ¿Quizá porque no han pasado ni unas horas, mientras que a nosotros nos parecen siglos los que llevamos encerrados en este lugar endemoniado?

—¿Y hemos estado sometidos a la hipnosis de Rho?

Aquello era demasiado bonito para que pudiera ser cierto... ¡Y podía serlo!

—Pero la imagen que tenemos de Juan de Heredia, el Más Anciano, parece real. Rho parecía ignorar el futuro... ¡Y todavía me parece estar viviendo en aquel mundo primitivo!

—Todo puede ser fruto de la imaginación.

Larry se puso a pasear arriba y abajo de la sala acampanada, con las manos cruzadas a la espalda.

Así estuvo un rato, pensando intensamente, mientras Susan le miraba con fijeza, siguiendo todos sus movimientos.

—¿Y si todo es cierto, Larry?

—No puede serlo. Es demasiado irracional... ¡Imposible!

Se detuvo, de pronto, dando una patada en el suelo. Luego, se arrodilló donde el piso y la pared formaban un ángulo casi recto. Estuvo intentando introducir la uña en el mismo ángulo.

Susan se le acercó, preguntando:

—¿Qué es eso?

—No lo sé. Parece una ranura. Si tuviésemos algo para...

Se interrumpió, mirando en derredor. La sala circular estaba completamente desnuda. No había ningún objeto que pudiera servirles para hurgar en el rincón.

Pero, al mirar hacia la puerta, Larry tuvo una inspiración. La madera estaba cubierta de clavos y remaches. Fue hacia allí y estuvo tentando, sin hacer ruido, cabeza por cabeza, hasta encontrar uno, cerca del suelo, que se movía ligeramente. Con los dedos empezó a moverlo. La carcoma, posiblemente, había destruido la vieja madera y el clavo se aflojó rápidamente, quedando entre los dedos de Larry.

Se trataba de una púa antigua, de unos cuatro centímetros de largo provisto de gruesa cabeza en forma hexagonal. Con ello en la mano, Larry volvió al lugar donde estaba la delgada rendija y quiso introducir en ella el clavo.

Sus esfuerzos, al cabo de unos minutos, se vieron encumbrados por el éxito, porque la rendija se hizo mayor, de suerte que pudieron deslizar el pequeño hierro por ella, hasta tropezar con un cable eléctrico.

Entonces se produjo un hecho singular. En el muro se descorrió un agujero, quedando al descubierto una entrada que comunicaba con otra sala contigua, en donde existía una especie de complicado laboratorio.

¡Y en un estante pudieron ver sus botellas de aire, sus cinturones de lastre, el puñal de Larry y las máscaras de oxígeno!

—¿Qué te parece esto? —preguntó Larry, triunfal, mirando en derredor, sin encontrar la puerta por la que salir de aquel lugar.

—No es un laboratorio como el que tenemos en la universidad. Estos recipientes son muy extraños... ¡Parece una mezcla de pasado y futuro, de química y alquimia, unido con la física!

Vieron aparatos desconocidos. Recipientes que contenían minerales y cuerpos extraños. Y todos tenían un rótulo escrito con guarismos que se confundían con el árabe y el chino, sin ser ninguna de las dos cosas.

—¿Por dónde se entra aquí? —preguntó Susan.

Fue al mirar al techo, en forma acampanada, cuando vieron el globo de enormes dimensiones, suspendido en el mismo centro del techo. Y, justamente debajo del globo, no existía ningún objeto, estantería o mesa.

—¡Ese globo! —exclamó Larry—. Pero ¿cómo hacerlo bajar?

Susan había visto un cuadro metálico, con una serie de interruptores. Se acercó a él y dijo:

—Posiblemente, alguno de estos mandos accione el globo.

—No podemos correr el riesgo de accionarlos todos. Quizás ocurra una catástrofe. Pero algo me dice que ese globo, del mismo diámetro del agujero que encontramos bajo la escotilla del galeón, puede ser el vehículo para entrar y salir de aquí.

—¿Por qué dices eso, Larry?

—Estaba imaginando un tubo cilíndrico, lleno de agua, por el que sube, accionado por alguna corriente magnética, que forzosamente debe hacerlo girar. En la parte alta de la escotilla se produciría algo así como un remolino... ¿No te parece?

Intuitivamente, Larry estaba encontrando una buena explicación. Pero no pudo comprobarlo, porque, en aquel instante, silenciosamente, se descorrió un rectángulo en el muro y apareció...

Al ver al individuo de la cabeza grande y blanca, Susan emitió un grito.

—¡Juan de Heredia!

Efectivamente, no cabía duda de que se trataba del sujeto al que conocieron dentro del gran templo de P'ton. Ahora estaba erguido, seguía vistiendo el ropón negro, y pareció sorprenderse al ver allí a los dos jóvenes.

Las grietas semicerradas de sus ojos se dirigieron instintivamente hacia el agujero que Larry había abierto en el muro y que comunicaba con la campana vacía.

Todo fue un abrir y cerrar de ojos. Aquel sujeto intentó retroceder, para cerrar la puerta que él mismo debió abrir, pero Larry se lanzó vertiginosamente, logrando atenazarle del cuello y hacerlo entrar.

Detrás de él había un pasillo que parecía dar un semicírculo. Y un conmutador de timbre, en un lugar bajo, dado que aquel sujeto era de escasa estatura.

—¡Cierre la puerta! —masculló Larry, sin aflojar la presión que ejercía ahora en el cuello del hombre, donde sus manos parecían hundirse en la carne blanca.

—¡Suelta! —masculló, a su vez, el otro —. Me haces daño, imbécil.

—¡Y le estrangularé, si no me explica de una vez qué comedia es

ésta! —rugió Larry.

Arrastró al hombre blanco hacia el centro del laboratorio y, dirigiéndose a Susan, dijo:

—Presiona el conmutador interior. Necesitamos que se cierre la puerta antes de que vengan los dos alabarderos con las metralletas.

Susan obedeció. Sólo tuvo necesidad de oprimir el pulsador que había por la parte interior, y la puerta se cerró del mismo modo que se había abierto.

Larry no necesitaba hacer mucha fuerza para dominar al hombre que conocía como Juan de Heredia, o el Más Anciano. Le obligó a tenderse en el suelo, exactamente debajo de donde estaba suspendido el globo blanco.

Luego, levantando el puño cerrado, dijo:

—Ahora, amigo, a cantar. Quiero una explicación plausible de lo que ocurre aquí. Deseo saber quién es usted, qué se propone, de dónde ha venido y qué quiere de nosotros.

El hombre blanco sacudió débilmente la cabeza. Su voz sonó ronca al responder:

—Soy el enviado de P'ton… El único superviviente de los «híbridos»… Necesito un «ser-doble». Y estamos dentro de la Esfera de la Sabiduría y el Poder.

—¿Qué?

—No os engañé cuando os dije que la humanidad llegaba a su fin. Mi única falsedad consiste en que yo no soy de este mundo.

—¡De eso estaba seguro yo! —replicó Larry —. ¡Tú no te llamas Juan de Heredia!

—No. Mi nombre es Rho, y soy el único superviviente de Jefve. He venido hasta vosotros para conseguir una pareja humana, a fin de trasplantarla hasta mi agotado mundo… ¡Tenéis que ir allá, os lo ruego!

—¡Jamás! Sólo queremos salir de esta maldita trampa… Y sospecho que con ese globo que tenemos encima se puede salir de aquí. Tienes que hacerlo bajar o te aplasto la cabeza… ¡Susan, dame el cuchillo de pesca submarina!

CAPÍTULO VIII

—¡La verdad, Rho, o como maldito sea tu nombre! —exclamó Larry, empuñando firmemente el cuchillo sobre el rostro agrietado y blanco del individuo extraterrestre—. La verdad, y no esa sarta de fábulas que, por medio de la hipnosis, nos has hecho creer que hemos vivido…

»Y no intentes ningún truco raro. Si siento el menor síntoma de adormecimiento, date por apuñalado. Será lo primero que haga. No bromeo.

Susan estaba de pie ante ellos, mirándoles.

—Suéltame, Larry Keith… Te diré toda la verdad. Es cierto parte de lo que os he dicho. En cambio, vuestra aventura en el tiempo ha sido una comedia de autosugestión.

»Empezaré diciéndote que vine aquí hace muchos años, antes del descubrimiento del nuevo mundo. Y es cierto que caí del cielo.

»Yo era el Sacerdote Mayor de P'ton, el dios de Jefve. Nuestro mundo estaba llegando a su fin. Y no os miento al decir que nuestra raza «híbrida» se había terminado. Para que vieseis a mi mundo, hice desfilar por vuestras mentes una filmación pretérita.

»Estabais adormecidos por las drogas que puse en los alimentos. Os hice creer que teníais hambre y comisteis.

»También es cierto que necesito enviar alguien para repoblar Jefve. Sé que voy a morir pronto y estoy enclaustrado en esta esfera hundida en el fondo de vuestro mar. Mis días se terminan y necesito enviar alguien a Jefve…

»He podido ver en tu mente que eres bravo y audaz, como tu compañera. El individuo joven e idóneo para instaurar una raza fuerte.

»Allí no tendrás problemas, Larry Keith. Las ciudades están como las dejaron mis conciudadanos antes de morir. Son grandes urbes subterráneas, provistas de grandes almacenes de alimentos en conserva. No existe peligro de ninguna clase. Y te será fácil llegar, introduciéndote en el cohete robot que tenemos preparado.

—No intentes convencerme, Rho. No iré. Sólo deseo que me cuentes la verdad. ¿Quiénes son esos hombres y de dónde habéis sacado las metralletas?

—Ya conocéis sus nombres. Son los supervivientes del galeón hundido. Eran tres. Llegaron hasta mí con vida… El otro, Juan de Heredia, intentó rebelarse contra mí y hube de matarle.

»No me servían. Pero hiberné a Ernesto y Pablo. Yo necesitaba

alguien que me ayudase. Estoy muy cansado siempre y apenas puedo moverme. Esos hombres hubiesen muerto a los pocos años de estar encerrados aquí. Les hice trabajar en mis proyectos y luego los dormí.

»Me habrían de ser útiles para sacar el cohete robot que os habría de conducir a Jefve. En cuanto a los «iros» no han sido más que apariciones irreales que he creado en la sala. Esos seres fantasmales, como Margaret Brinks y Edmond Keller, no existen. Decían lo que a mí me convenía, para convenceros.

»Yo estaba oculto en una oquedad, detrás del muro, desde donde os podía ver sin ser visto.

—¿Cuánto tiempo llevamos en este lugar?

—Sólo seis horas.

—¿No te lo decía yo? —increpó Larry, volviéndose triunfalmente hacia Susan—. Seguimos en nuestra época, en el mismo día en que nos zambullimos.

—Yo estaba segura de haber vivido una aventura increíble —se lamentó Susan.

—Pese a todo, la realidad es más increíble que la ficción —respondió Larry, mirando de nuevo a Rho—. ¿Y las metralletas?

—Esas armas, como muchas de las cosas que tengo aquí, proceden del exterior. Pablo y Ernesto salen de vez en cuando al exterior, utilizando un pequeño submarino construido por ellos mismos, bajo mi supervisión, y me traen muestras de las cosas que encuentran. Así hemos estado analizando vuestro progreso durante años.

»Esos dos hombres me son muy valiosos.

—¿Y si salían al exterior, por qué no han buscado a una pareja para que emprendan el viaje a Jefve?

—Es fácil de comprender. Han ido a tierra varias veces y me han traído algunas parejas para experimentar con ellas. Ninguna me ha servido. Yo necesito seres mental y físicamente sanos, jóvenes que, como vosotros, puedan afrontar sin temor una existencia enteramente nueva.

»Estaba a punto de desistir de mi empeño, dándome por vencido, cuando el destino os envió a vosotros. Al analizar vuestras mentes, comprendí que erais los que necesitaba.

»Sé que vuestros descendientes serán sanos y fuertes, que se reproducirán, pese a los inconvenientes de la sangre, cuyas taras desaparecerán en la tercera o cuarta generación, pudiendo entonces producir una raza maravillosa.

—Tú lo que quieres son colonos para tu mundo. Y yo prefiero más vivir aquí en la Tierra, donde conozco a las gentes y sé cómo son, que ir a otro planeta donde no sé lo que encontraré.

—Te equivocas, Larry Keith. En Jefve, serás el amo absoluto de

todo.

—No me interesa. Dejémoslo —atajó Larry, secamente —. Ahora me importa más salir de aquí.

—No puedes salir —dijo Rho.

—¿No? —El cuchillo que empuñaba Larry se aproximó peligrosamente al cuello de Rho —. Pero puedo hundirte esto en el cuerpo.

—Si me matas, jamás podrás salir.

Susan puso su mano sobre el brazo de Larry.

—No hagas eso, ¡por Dios! Debe existir otro medio para solucionar este asunto.

—Sólo conozco uno. Lucharé por mi libertad y la tuya, Susan. Tengo que frustrar los maquiavélicos planes de este sujeto. Ni tú ni yo iremos a ningún otro mundo ni seguiremos sirviendo de diversión a este falso Juan de Heredia. La broma ha durado ya demasiado —Larry miró de nuevo a Rho —. El globo blanco que hay en el techo, ¿es para salir de este lugar?

Rho no contestó.

—¡Responde! —exigió Larry,

—Prefiero que me matéis.

—¡Lo haré si no me contestas! ¡Necesito saber cómo se sale de aquí!

En aquel instante se oyó un fuerte golpe contra la puerta cerrada, por la que había entrado Rho.

Larry y Susan se volvieron.

—Debe de ser alguno de los españoles —exclamó Larry—. Y están armados.

—Han debido de enterarse de que hemos escapado de la otra sala...

Larry se detuvo, volviéndose hacia el rectángulo abierto por el que habían penetrado en el laboratorio... ¡Y en donde vio asomar primero el cañón de una metralleta, seguido del rostro inexpresivo de Ernesto Aguilar!

Susan gritó retrocediendo hasta tropezar con uno de los estantes. Larry, por su parte, se quedó con el brazo levantado sobre Rho, sin decidirse a emplear el cuchillo.

Los golpes sobre la puerta arreciaron. Ernesto Aguilar, entrando en el despacho y apuntando a Larry y Rho, dijo:

—Será mejor que abran a mi compañero.

—Si hacéis un solo movimiento mataré a este individuo —habló Larry, sin mucha convicción.

—¡Suelte ese cuchillo, muchacho!

En los ojos fríos del español, Larry adivinó la intención de disparar. Antes de levantarse y soltar el arma, preguntó:

—¿Sabe manejar esa arma?
—Le aseguro que sí, muchacho.
—Haz lo que te dice, Larry.
Larry accedió y lanzó el cuchillo al suelo, lejos del caído Rho. Luego se puso en pie.
—¡Dile que me ayude a levantarme, Ernesto! —exigió Rho, que se agitaba en el suelo.
—No le toque… Déjele ahí —contestó Ernesto, secamente—. Ésta era la oportunidad que estaba esperando.
No dijo nada más. La metralleta empezó a disparar violentamente, ensordeciendo a todos… ¡Y un reguero de balas se hundió en el cuerpo y la cabeza de Rho!
El extraterrestre se agitó convulso. Emitió un alarido infrahumano y luego quedó inerte.
Atónitos, Larry y Susan pudieron ver sólo un líquido lechoso que salía de los agujeros hechos por las balas. Debía de ser la sangre de aquel cuerpo blanco, porque en el suelo se formó una mancha parecida al yeso.
—¡Es un demonio! —mascculló Ernesto Aguilar—. No pueden imaginarse lo que mi compañero y yo hemos sufrido en su poder. Esperaba una ocasión como ésta y ya ha llegado.
Al decir esto, aquel sujeto dejó caer la metralleta al suelo. Luego, mientras Larry y Susan le miraban sobrecogidos, fue hasta la puerta cerrada y presionó el conmutador. Al descorrerse el panel de la entrada, apareció Pablo de Zárraga, quien miró sorprendido al otro.
—¿Qué has hecho?
—Le he matado… Era la ocasión.
Pablo de Zárraga también llevaba otra metralleta en la mano. Se acercó a donde yacía Rho y se arrodilló a su lado. Le tocó suavemente y luego, con las yemas de los dedos tocó también el líquido blanco que impregnaba el suelo.
—Leche, Ernesto. Era lo único que tomaba…
—Cúbrele con algo.
Pablo fue a una estantería y tomó una especie de sábana que allí había doblada. Dejó su arma sobre una mesa y extendió la tela sobre el cuerpo inerte.
Mientras, Ernesto se volvió a Larry y Susan, que no despegaban los labios.
—No teman nada, muchachos —dijo tristemente—. No les haremos ningún daño. Podrán salir de aquí en el submarino o utilizando esas botellas de aire que trajeron. Antes, sin embargo, quisiera preguntarles algo.
»Nosotros llevamos aquí mucho tiempo. Lo sabemos porque hemos salido algunas veces al exterior, bajo influencia hipnótica. Rho

nos controlaba a distancia. Su mente era muy poderosa.

»No podíamos huir. Íbamos a buscar provisiones y objetos y minerales que él empleaba en sus experimentos. Permanecía muchos meses aletargado, sentado en su silla. Debe ser un tipo muy viejo. Cuando se despertaba, si nos necesitaba para algo, nos inyectaba su maldito fluido rojo y nos devolvía a la vida.

»Así hemos estado, a su servicio, cientos de años… ¡No sé lo viejo que soy! Sólo sé que mi vida ha sido un infierno al lado de ese monstruo. Nos ha obligado a matar a jóvenes inocentes… Diez parejas tenemos bajo el suelo de la otra cámara. Decía que no servían para ir a Jefve. Siempre lo mismo.

—Todo debía ser mentira. Ese infame monstruo no podía enviar a nadie a su lejano mundo —intervino Pablo de Zárraga—. Apostaría algo a que ni siquiera existe Jefve.

—Nos dijo que nosotros éramos la pareja ideal —explicó Larry.

—Lo dudo. Pero si es cierto, me alegro de que sus planes no se realicen jamás. Ahora, será mejor que nos vayamos —continuó diciendo Ernesto —. Vengan por aquí. No tengan miedo.

—¿Podemos tomar nuestros equipos?

—Tenemos un submarino, con el que podemos llegar hasta la costa.

Por el pasillo llegaron a una salita en donde había una silla de escasa altura, situada delante de una especie de espejo, por el que se podía ver la sala en donde estaba la mesa medieval y la máquina transparente, con sus circuitos encendidos y todavía funcionando.

—¿Qué es eso? —preguntó Susan a Ernesto.

—Es la máquina que recoge las palabras de Rho y las traduce al idioma o lenguaje que él quería. Un aparato de traducir. Rho hablaba siempre a esa máquina. No sabemos cómo era su voz, pero los sonidos, de un tono sonoro incapaz de ser oído por nosotros, eran modificados por ese aparato, que él llama la válvula de la sabiduría, y llega hasta nosotros en forma de lenguaje.

—Entonces, ¿no hablaba nuestra lengua?

—No. Esté donde esté, dentro de este lugar, sus sonidos son recogidos por ese aparato y traducidos a nuestras lenguas.

—¿Y cómo habláis inglés correctamente?

—Nos lo han enseñado las personas que han estado aquí con nosotros. Son muchos años de encierro, aunque no siempre hemos estado «vivos».

—¿Les hibernaba?

—Sí. El poder de su mente nos adormecía. Luego nos inyectaba el fluido rojo y volvíamos de nuevo a la vida. Así hemos podido vivir cerca de quinientos años.

—Tendrán de ser examinados por los médicos.

Ernesto Aguilar hizo un gesto, diciendo:

—No queremos servir de conejos de indias. Por favor. Vosotros podéis ayudarnos. Nuestro deseo es volver a España.

—¿Después de cuatrocientos cincuenta años?

—Sí, de allí salimos un día, a principios del siglo XVI, y nuestro deseo sería volver. Sabemos, sin embargo, que el mundo ha cambiado mucho en estos años. Por eso quisiéramos vuestra ayuda.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —preguntó Larry.

—Facilitarnos los medios para volver a nuestro país sin ser molestados. Pensamos que a vosotros puede seros fácil conseguir documentos.

—Eso no es fácil. Lo mejor sería presentarse a las autoridades y explicar la verdad.

Pablo de Zárraga sacudió la cabeza.

—No. Eso no es posible. Nos harán infinidad de preguntas. Nos internarán, serviremos de estudio para los médicos. Y eso no nos interesa. Calculamos que no nos queda mucho tiempo de vida. El tiempo, pese a todo, ha transcurrido para nosotros. No estamos muy seguros de lo que nos pueda pasar una vez fuera de este lugar.

»Rho nos dijo que moriríamos rápidamente cuando estuviésemos fuera de su tutela. Pero no podemos estar seguros.

»Siempre que salíamos en busca de algo, desde luego, su voz llegaba constantemente a nuestras mentes. Nos dominaba y le obedecíamos.

—Desde luego, no podéis ir con esas ropas para salir al exterior —intervino Susan.

—Tenemos otras, más actuales.

—¿Pertenecientes a personas raptadas y muertas por Rho?

—Sí. Están en la sala de descanso.

—¿Llevaban documentación aquellas personas?

—Sí.

—Eso podría ser interesante —dijo Larry—. Tal vez sus papeles, ligeramente modificados, os pueden servir para llegar a España.

El pasillo era circular y comunicaba con otras dependencias. Ernesto les explicó que aquella disposición interior obedecía a la construcción de la nave-meteoro construida en Jefve por Rho y sus coterráneos. Aunque ellos sólo habían visto las rocas irregulares del exterior, comprendían que era una esfera que se deformó con el impacto. Su interior, empero, no había sufrido deterioro. Y por ello terna aquella disposición extraña, dado que el pasillo rodeaba todas las dependencias interiores.

Las puertas se abrían por conmutadores eléctricos situados a un lado de los invisibles marcos. Así llegaron a una estancia-dormitorio, donde existían varias literas y dos grandes armarios, uno de los cuales

abrió Ernesto, sacando un fardo que contenía ropas y zapatos, tanto de hombre como de mujer, pero que correspondían a distintas épocas, pasadas y presentes.

Aquello era lo único que quedaba de unos seres que fueron raptados por influencia de Rho. Y entre todas las prendas, Larry eligió un uniforme de «marine», que tenía su documentación en el bolsillo, y un atuendo estival, pantalón y camisa floreada, que, según la documentación contenida en un billetero, pertenecía a Loom, de Miami.

—Con estas ropas y estas documentaciones, puede que os sea posible caminar por una ciudad americana —dijo Larry—. Pero no os quiero engañar. Los hombres a quienes perteneció esto habrán sido denunciados como desaparecidos.

»No es improbable que la policía os pida la identificación y surjan problemas.

—Ya lo sabíamos. Y cabe en lo posible que nos consideren cómplices de Rho.

—Nosotros os defenderíamos —dijo Susan.

—Eso no impedirá que nos encierren y que los médicos nos examinen —dijo Ernesto tristemente.

—¿Y qué inconveniente hay? La ciencia está muy adelantada ahora.

—¡Nos acusarán de rapto y complicidad de asesinato! —insistió Pablo de Zárraza.

—¡Estaban inducidos y obligados por Rho! —replicó Larry—. Lo mejor que pueden hacer es…

Larry se detuvo. Recordó las palabras que él creía haber dicho en cierta ocasión a Susan. Si salían de allí y explicaban a las autoridades todo lo que les había ocurrido, nadie les iba a creer.

—Creo que tienen razón, amigos. Les será muy difícil salir bien librados de todo esto. Lo mejor que pueden hacer es ponerse estas ropas y salir de aquí. Una vez en Miami, tal vez puedan conseguir documentación falsa. ¿Tienen dinero?

—Tenemos el oro.

—¿Qué oro?

—El del galeón —contestó Ernesto—. Todo lo que contenía el buque está oculto bajo el piso. Lo recuperamos todo gracias al submarino que construimos con ayuda de Rho.

—En ese caso, el oro les abrirá puertas…

* * *

Eran más de veinte cofres llenos de brillantes lingotes.

Existía también una estancia contigua, en la que se entraba por una compuerta de cierre electrónico, y en donde había un curioso pez metálico, muy oxidado, que poseía una sola escotilla superior. Era el submarino construido allí mismo. Había también una máquina de curiosa estructura, la cual, según los españoles, había servido para la construcción del submarino.

—¿Y cómo navega este aparato, sin hélice?

—Posee toberas de inmersión. Está accionado por una caja en donde existe una pila de carbón, hecha por Rho, que despide intenso calor. Sólo nos enseñó a manejar el timón.

Penetraron dentro del pequeño submarino, donde abundaba la suciedad. En un rincón había un zapato de mujer, papeles, polvo y barro.

Pero había espacio para cinco personas.

Después de colocar uno de los cofres de oro, todos se metieron dentro del submarino, cerrando la escotilla. Luego, Larry hubo de salir porque, faltando Rho, alguien debía cuidarse de abrir la compuerta e inundar el compartimiento de agua.

Larry iba provisto de su equipo de inmersión…

CAPÍTULO IX

Cuando Larry Keith vio la luz del sol, una alegría inmensa invadió su ánimo. Y bajo aquella fuerte luz del Caribe, distinguió la lancha que utilizaron él y Susan para ir a explorar el galeón hundido, pecio al que había vuelto a ver de nuevo, al salir entre las rocas negras del fondo del mar.

No había hecho más que alcanzar la borda de la lancha anclada, cuando el agua se arremolinó ligeramente a unos metros de distancia y surgió el pequeño submarino.

Larry se lanzó de nuevo al agua y nadó hacia el sumergible, viendo cómo se abría la escotilla y asomaba la cabeza de Susan.

—¡Suzy, estamos vivos y de vuelta!

La joven trepó por la escalerilla y saltó al exterior, quedando de pie sobre la resbaladiza cubierta. Detrás de ella asomó Ernesto.

—Todo perfecto, muchachos —dijo aquel extrajo sujeto—. Subid a vuestra embarcación y volver a tierra. Hemos pensado que será mejor intentar el viaje a España en esta embarcación.

Larry fue incapaz de decir nada. Se agarró a un saliente del casco y trepó hasta donde estaban Susan y Ernesto. Pablo de Zárraga, con sus ropas de «marine» norteamericano parecía un guerrillero.

—No sé si podréis llegar a Europa, amigos —dijo Larry —. Creo que lo mejor sería venir con nosotros. Las autoridades norteamericanas no os tratarán como teméis.

—Preferimos no correr el riesgo. Por otro lado, ignoramos el tiempo que nos queda de vida. Con el cofre de oro que llevamos, si conseguimos llegar a nuestro país, podremos vivir cómodamente.

—Sea como decís. Nosotros volveremos a Key West. Adiós, pues, y suerte.

—Antes de separarnos, permitidme deciros algo. Todo lo que hay abajo es vuestro —dijo Ernesto—. Podéis entrar por dos sitios. Uno es el que hemos utilizado para salir. Cuando estéis dentro de la cámara, se cierra la compuerta por medio del dispositivo electrónico.

»El otro medio de entrar también lo conocéis. Pero ahora no funciona. Es el tubo que hay en la cámara del galeón. Podéis descender por él hasta alcanzar el globo. Se iza con una palanca engranada. Se cerrará sobre vosotros y expulsará el agua, surgiendo una compuerta de protección para evitar que se inunde el laboratorio.

»Dentro del globo hay un mando electrónico que os hará descender hasta el suelo del laboratorio. Hay cosas muy interesantes ahí abajo que os pueden servir de mucho…

—Creo que no volveré a bajar nunca más a ese lugar —dijo Susan, convencida de decir la verdad.

—Os digo esto porque sólo vosotros estáis en el secreto de Rho. Nosotros no diremos nada y viviremos lo que nos sea posible.

»En cambio, vosotros sois jóvenes y tenéis mucho mundo por delante.

—Gracias. Y buena suerte.

Se estrecharon la mano con calor y los dos antiguos españoles se quedaron mirando a la pareja, que se echaron al agua y nadaron hacia su lancha. Cuando estuvieron a bordo, saludaron con las manos y los dos hombres del pasado cerraron la escotilla, para sumergirse inmediatamente.

Cuatro días más tarde, Larry y Susan habrían de volver al lugar, pretendiendo descender hasta la gruta del tiempo, como llamaron a la nave sumergida de Rho... ¡Y se encontraron el pequeño submarino en el fondo, dentro del cual estaban los cadáveres de Ernesto Aguilar y Pablo de Zárraga!

De regreso al hotel, donde estaban pasando sus vacaciones en compañía de sus padres, Larry y Susan fueron a sus habitaciones y se cambiaron de ropa, vistiéndose para la comida.

En el comedor, la señora Folk charlaba animadamente con los señores Keith.

—¿Cómo ha ido vuestra excursión al galeón hundido, Larry? —preguntó su padre.

—No hemos conseguido localizarlo —mintió el joven, con aplomo.

—Lo suponía. ¿Qué sabes tú de náutica?... Hola, Susan. ¿Ávida por regresar a Nueva York?

—¡Oh, no, señor Keith! Lo pasamos divinamente aquí.

Conversaciones triviales, despreocupadas, sin dar importancia a nada,

Apenas hablaron durante la comida. Por la tarde, con el pretexto de dar un paseo por la isla, se alejaron del hotel, buscando un lugar tranquilo

—No, Larry; sé lo que piensas. No volveré allí —fue lo primero que dijo Susan, cuando estuvieron solos,

—¡Hay maravillas, Susy! ¿Vamos a permitir que se pierdan? ¿Sabes lo que representa todo aquello? ¡Hemos entrado en contacto con otra raza! Solamente escribiendo el relato de nuestro viaje ficticio, nos haríamos millonarios. Pero no pienso en la riqueza, sino en la ciencia.

—Aun después de muerto, Rho me causa pavor —insistió Susan.

—No debes dejarte influir por el recuerdo de Rho. Hemos escapado bien. En estos momentos podíamos estar viajando por el

espacio en dirección a Jefve... ¡Y estamos aquí!

—Pero ¿has creído tú lo que él te dijo? —preguntó Susan.

—No sé qué decirte —musitó Larry—. Puede ser cierto... Confieso con sinceridad que nuestro viaje a través del futuro y del pasado parecía real. Yo sentía, pensaba, vivía... ¡Y ya ves que no ha sido más que una ilusión!

—No estoy muy segura de que sólo haya sido una ilusión. Rho poseía un fabuloso poder. Puede que lo de la «suspensión dimensional» fuese cierto y viviéramos todo lo que hemos vivido sin haber transcurrido el tiempo.

—¡Nos hipnotizó!

—Eso es lo que él dijo, porque era lo que tú querías que dijese.

—¿Pretendes volverme loco?

—No, Larry. Hago cúbalas. La verdad es que, después de lo sucedido, hemos cambiado mucho.

—Habrás cambiado tú. Yo sigo siendo Larry Keith, estudiante de ingeniero industrial.

—En ese caso, olvídalo todo.

—Rho está muerto.

—Rho puede ser el hombre blanco y viejo. Rho puede ser la máquina transparente que quedó allí... Rho podemos ser ya nosotros, sin darnos cuenta...

Aquella noche, durante el baile, se aburrieron ambos de lo lindo. Apenas si hablaron. Esquivaban a sus amigos y conocidos. Larry intentó embriagarse para disipar los recuerdos de su mente.

Por la noche, tendido en el lecho, sin poder dormir, continuaba «viviendo» la extraña aventura que Rho les hizo ver aún no sabía cómo ni cuándo. Era horrendo todo. Habían vuelto a la vida, a la realidad, comprendiendo que el futuro entrevisto no podía ser cierto.

Al día siguiente, sin haber podido cerrar los ojos, Larry se levantó y se duchó, creyendo que así se le despejaría la mente. La ilusión fue ficticia.

Durante el desayuno, en el bar del hotel, solo, se sentía tan inquieto como por la noche.

Luego supo que Susan había estado sometida a la misma inquietud que él. Se volvieron a ver al mediodía. Ella lucía un primoroso vestido de verano y estaba radiante. Sin embargo, Larry no se alegró de verla. Estaba hosco y pensativo.

—¿Dónde has estado? —le preguntó ella.

—Dando un paseo por la playa.

—Pensando en todo eso, ¿verdad?

—Sí.

—Yo también. No he podido dormir.

—Será mejor que volvamos a Nueva York. O volvemos allá o nos

vamos cuanto más lejos mejor.

—Presiento que no vamos a poder escapar, Larry —musitó la joven, tomándole del brazo.

—¿No? ¿Por qué?

—Algo nos ha atrapado. Por más que pienso, no creo que hayamos comprendido la verdad de todo lo que nos ha sucedido.

—¡Ah! —El semblante de Larry pareció iluminarse—. Vienes a lo que yo decía ayer. El oro, la técnica allí acumulada, todo en aquel lugar es aprovechable…

Se calló al ver acercarse a su padre, que venía con un periódico bajo el brazo.

—No estaréis hablando de política, ¿eh? Mira, éste sí es un hombre… Harry Kundt, elegido senador por Michigan. Una brillante carrera. Apuesto a que llega a Presidente… ¿Qué te ocurre, hijo?

Larry, mortalmente pálido, arrebató el periódico a su padre, examinando la fotografía del hombre retratado en la primera página del «Miami Herald». Y el nombre que leyó pareció repercutir horriblemente dentro de su cerebro.

—¡Harry Kundt! —exclamó.

Era el nombre que Edmund Keller pronunció con el título de Presidente de los Estados Unidos,

Lo que decidió a Larry, sin embargo, no fue aquella coincidencia extraña. Al día siguiente, Susan fue a verle a su habitación. Y lo primero que le dijo fue:

—Tenemos que ir a Jefve, Larry.

—¿Qué?

—No resisto más, Larry. Lo siento, pero no puedo. Si sigo desoyendo la llamada de Rho, me volveré loca.

»Rho nos llama y debemos ir.

Larry no replicó. No encontraba palabras para hacerlo, porque las tinieblas estaban invadiendo su mente de locura.

—No debemos ir… Sé que no debemos ir.

—Ayer decías que sí.

—No sé lo que digo. Lo siento. Discúlpame.

—He leído en un periódico atrasado que hace un año desapareció un hombre llamado Richard Loom —continuó diciendo Susan—. Un periodista pregunta dónde está ese hombre. Yo puedo dar la respuesta a la prensa.

—¡No! —gritó Larry, poniéndose en pie de un salto—. Eso significaría descubrirlo todo. Intervendrían las autoridades.

—Entonces, vamos nosotros. Pero debo advertirte que no volveremos.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo presiento.

—Bueno. Ya hablaremos luego.

Susan salió y Larry quedó sentado y pensativo durante más de una hora.

De pronto, el timbre del teléfono le sobresaltó. Se puso en pie y fue a la mesita, levantando el auricular. Una voz conocida le hizo estremecer.

—Hola, Larry Keith —dijo la voz de Rho—. ¿Te has convencido ya de que no podrás tener tranquilidad en tu mundo? Has contemplado demasiadas maravillas para que sigas obstinándote.

—¡No, usted está muerto!

—Sí, mi viejo y cansado cuerpo está muerto. Pero mi espíritu vivirá mucho más de ciento cincuenta mil años.

»Nadie puede oírnos, Larry. Utilizo este medio de comunicación porque es el más frecuente entre vosotros. No temas. Lo que tú consideras una desgracia es un privilegio especial.

»Ya dije a Susan Folk que el tiempo es un factor incognoscible... Dije también que todo tiene principio y fin, y que la continuidad es lo menos importante. El mérito está en el origen.

»Vosotros dos podéis ser el origen de una raza nueva en un mundo viejo.

»Ven, Larry. No te obstines en seguir huyendo. Sabes cómo entrar aquí. Ernesto Aguilar y Pablo de Zárraga han muerto.

»Su galeón se cubrirá pronto de especies submarinas y mi meteoro desaparecerá también. Ya nadie cuida esto. Pero el cohete robot está esperando sobre el techo de la sala en donde está el órgano principal de la Espera de la Sabiduría y el Poder.

»Tenéis que llevarlo con vosotros. En cuanto lo tomes entre tus manos, se abrirá el techo y aparecerá la escalera que os conducirá hasta el cohete robot. Una vez dentro, os adormeceréis y cuando os despertéis habréis llegado a Jefve.

»¡Ése es vuestro destino! Y nadie puede escapar a su destino.

»¡Ven, Larry Keith! ¡Jefve os espera!

La voz cesó en el auricular.

* * *

Volvieron al día siguiente, que era el cuarto después de haber salido del fondo del mar. Iban de común acuerdo.

Tomaron la lancha y al llegar sobre el paraje en donde estaba su destino esperándoles, abrieron los espiches del fondo, para que la lancha se hundiera.

Luego, provistos de los equipos de inmersión, descendieron hasta

el lugar donde descansaba el submarino que contenía los cadáveres de Ernesto Aguilar y Pablo de Zárraga. Larry manejó el submarino, para hacerlo regresar a la cámara de la que había salido. Cerraron la compuerta y luego, a través del pasillo circular, llegaron hasta la sala en donde estaba la máquina transparente.

Antes de levantarla de la mesa, Larry y Susan se despojaron de sus equipos de inmersión, que arrojaron al suelo. De un pequeño paquete que llevaban consigo, extrajeron ropas ligeras.

Hecho esto, se abrazaron profundamente, sin hablar. Así estuvieron unos minutos, silenciosos y emocionados, hasta que Larry musitó:

—Pase lo que pase, te quiero.

—Yo también a ti, mi vida. No nos separaremos nunca.

Luego, Larry se acercó a la mesa y tomó el objeto transparente. Notó que pesaba muy poco, casi nada. ¡Y también notó que en el techo bajo se descorría un rectángulo oscuro y empezaba a descender una escalera metálica!

Aguardaron hasta que la escala se detuvo. Luego, Larry subió primero, llevando entre las manos el objeto transparente. Susan le siguió despacio.

Se encontraron en el interior de una sala abovedada, donde existía una esfera negra, de tres metros y medio de diámetro, de la que se estaba descorriendo un sector, permitiendo ver el interior, en donde existían dos extraños asientos metálicos... ¡Y delante había como una repisa plana!

Penetraron en la esfera y se sentaron. Larry dejó la válvula transparente sobre la repisa.

El sector de la esfera empezó a cerrarse.

Y cuando los ojos de ambos jóvenes empezaron a cerrarse, como si les embargase un gran sueño, una voz ya conocida pareció surgir del objeto de cristal, diciendo:

—En vosotros está el destino de la humanidad... Sed bien venidos a Jefve.

¡Por vosotros se salvará la humanidad algún día!

Larry extendió la mano y asió la de su compañera, apretándosela.

Por vez primera, se sentía feliz.

FIN